

54
243

FRANCISCO GONZALEZ DIAZ



A TRAVÉS DE TENERIFE

1903

Imprenta de DOMINGO SOLIS LORENZO

Buenos-Aires 52

LAS PALMAS

À TRAVÉS DE TENERIFE

91 (4.851)
FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ

822-422 Familia de los Díaz 7

A TRAVÉS
DE
TENERIFE



LAS PALMAS

Tip. de Domingo Solís y Lorenzo
Buenos Aires 52

1903

Es propiedad de su autor.

À Tenerife

En prueba de simpatía, y en homenaje á la necesaria unión de canarios y tinerfeños; mejor dicho, de todos los canarios.

EL AUTOR



PRÓLOGO

Como si tratárase de que singular contraste diese mayor realce á las maravillas que encierra el Alcázar sevillano, que deja absortos á cuantos por primera vez lo visitan, hánlo rodeado los hijos de la ciudad del Bétis de negro y pesado murallón.

Al llegar á la desierta plaza, nadie podría sospechar que por el obscuro y aun medroso arco abierto en tan tosco muro se había de penetrar en la encantada mansión que atesora filigranas como el Patio de las muñecas y suntuosas é imponentes estancias como el Salón de embajadores.

Mucho nos tememos que el autor de A través de Tenerife haya tenido idéntico capricho que los paisa nos de Tenorio y de Mejias, pues, como si sus brillantísimas descripciones y las galas de su hermoso y castizo estilo

tuvieran necesidad de que contraste alguno las pusiera de relieve, ha manifestado el deseo de que vayan precedidas de este prólogo.

Una diferencia veo, sin embargo, y por ella debe felicitarse el lector. Para entrar en el Alcázar de Sevilla, no hay otro medio que pasar por el triste arco abierto en la negra muralla; pero el lector puede entrar de lleno á saborear los muchos primores que este libro contiene, sin imponerse la enojosa obligación de detenerse en el prólogo; sáltelo, que nada pierde en ello.

El hecho de que un hijo de Gran Canaria escriba y publique un libro que sea un verdadero himno en loor de otra isla hermana, Tenerife, debiera parecernos lo más natural del mundo, y no debiera extrañarnos que en sus descripciones y narraciones palpitará el acendrado cariño que dicha isla le inspirase ni el fèrvido entusiasmo y la admiración con que de sus innumerables bellezas nos hablara. Mas en las menguadas circunstancias en que vivimos, un hecho así supone gran dosis de valor moral, y el que lo realiza es digno de todo encomio.

Nadie ignora, con efecto, que, de algún tiempo á esta parte, hay quién no se da reposo en la odiosa labor de sembrar la cizaña, lo mismo en los campos de Tenerife que en los de Gran

Canaria; quién, echando en olvido que en provincia alguna es tan necesaria como en esta la unión de todos sus hijos, por muchas causas que para todos debieran ser evidentes, sólo tiende á suscitar discordias; quién, sintiendo hondo pesar por el bien ajeno, no quiere comprender que lo bueno y grande que se haga en cualquier punto de una de las siete islas, honra á toda la provincia.

El Sr. González Díaz está muy por encima de todas esas miserias; el amor que por las Canarias siente en nada se parece al que á grito herido pregonan los que constantemente lo tienen en los labios, para que se crea que también lo llevan en el corazón; y por eso ha escogido este momento para publicar su obra, que, á sus grandes méritos une la condición de ser de actualidad, de ser un alto ejemplo que todos debieran imitar y que ha sido dado en la ocasión más oportuna.

Felicitemos muy sinceramente al señor González Díaz por esa prueba de valor moral, que le retrata de cuerpo entero, y tenga en cuenta que, si bien es felicitación muy modesta, no es para despreciada, sin embargo, porque no la prodigamos, y porque, no siendo nosotros de esta provincia, nadie podrá tacharla de interesada.

Con lo que en las anteriores líneas

dejamos expuesto, hemos dado ya á conocer cuál es el asunto del libro que prologamos.

Tenerife, la isla de los campos incomparables; la de los hondos barrancos y los risueños valles; la que se viste de eterno verdor en los contornos de la Laguna y de Tacoronte, y de nieve en las alturas que circundan la montaña más esbelta del mundo; la que guarda en su seno esa maravilla sin rival que se llama Valle de la Orotava; sus habitantes y sus costumbres: tal es el asunto de la presente obra. ¿Habrá quien se atreva á motejarlo de falto de interés?

En lo que á nosotros se refiere, con todas nuestras simpatías hemos acompañado al señor González Díaz en sus excursiones A través de Tenerife. Y así tenía que ser precisamente, puesto que por Tenerife sentimos idénticos cariños é idénticos entusiasmos que el ilustre autor de la obra á que tenemos el honor de poner prólogo, por más que nos aflija la desgracia de no poder expresarlo de la gallarda manera que él sabe hacerlo.

Aunque parezca una paradoja, cuándo queráis conocer si un hombre profesa verdadero cariño á un país, preguntadle si le importaría dormir allí el sueño eterno. Como si no nos esperara igual podredumbre, cualquiera que

sea el lugar en que hayamos de ser sepultados, la muerte se nos presenta menos fiera y repulsiva en unos puntos que en otros, y hay comarcas y regiones en las que no nos espanta la idea de que puedan quedar nuestros huesos.

Allá en los países del Norte, cuando pesado manto de nieve cubria la tierra, cuando el soplo helado de cruel invierno nos hacia estremecer, y negros nubarrones rodaban sobre nuestra cabeza, la idea de que la muerte pudiera sorprendernos en tales parajes nos oprimió el corazón muchas veces.

Nada parecido nos ocurre aquí, donde, por lo contrario, la que alguien ha llamado la gran vengadora, se nos presenta á nosotros revestida de dulzura infinita. Y á los que en tal estado de ánimo nos encontramos, las descripciones que el Sr. González Díaz hace con tanto amor de esta privilegiada región, nos producen análogo efecto que las suavísimas palabras con que el gran Espronceda convidaba al reposo y al noser.

No, no se debe descansar mal en el seno de esa espléndida naturaleza que tan llena de atractivos y encantos nos presenta el autor de A través de Tenerife.

Y una vez indicado el asunto de este libro ¿nos creeremos obligados á decir algo de la manera como está eserito y

de las condiciones del estilo de su autor?

Hacerlo, sería casi inferir grave ofensa á los que se disponen á deleitarse con la lectura de esta obra del señor González Díaz.

Tratándose del primer publicista de Canarias, del fecundo escritor que no deja pasar una semana sin que alguno de los periódicos del Archipiélago nos dé á conocer nueva prueba de su inagotable ingenio y de su vastísima cultura, ¿ que podríamos decir que nuestros lectores no se hayan dicho á si mismos en frecuentes ocasiones?

¿Que el señor González Díaz no solo tiene estilo propio, sino que es original, sóbrio y correctísimo? ¡Buen descubrimiento!

En una sola de las cualidades que enaltecen al Sr. González Díaz como escritor nos vamos á permitir insistir breve momento.

En cuantos trabajos publique el autor de A través de Tenerife, cualquiera que sea su indole y el asunto de que traten, echaréis de ver que el señor González Díaz es de los contados escritores españoles que por nada ni por nadie descendería á donde el cieno pudiese siquiera salpicar sus plantas.

Amante y paladín de la verdad, sabe que á ésta no ha de serle grato más lenguaje que el que sea digno de ella

y tenga algo de su augusta serenidad, ni que en su defensa se esgrima las mismas armas que se emplean en defensa del error y la mentira, á quienes place lo violento, procaz y destemplado.

Entusiasta adorador de la belleza, todo lo vulgar y chocarrero le es odioso y lastima profundamente su alma delicada.

Resplandecen, por tanto, en cuánto, escribe el Sr. González Díaz una elevación, una nobleza y una placidez que encantan. Nada hay en sus obras que á mogigatería se parezca, y cada asunto lleva el lenguaje y estilo que requiere; pero sin que el autor se permita jamás traspasar ciertos límites. Con gran energía se eleva contra los errores que combate, mas sin que nunca olvide que, como la dulzura no es la debilidad, tampoco tiene nada de común la violencia con la fuerza de la razón.

Y como no daríamos fin á este prólogo, si en él fuésemos á consignar todo lo bueno que pensamos del autor de *A través de Tenerife* y toda la admiración que nos inspira, aquí hacemos punto, quedándonos solamente el desconsuelo (y así terminamos casi de igual modo que empezamos) de que tan hermoso edificio lleve tan pobre fachada.

José Aguilera y Montoya.

San Cristóbal de la Laguna, 18 de Septiembre de 1903



Dos palabras

Habrá tal vez espíritus mezquinos, enfermos por haber aposentado ciertos microbios devastadores que abundan en nuestra atmósfera moral; habrá, digo, tal vez espíritus incapaces de aprobar la sinceridad y la nobleza con que este libro ha sido preparado.

Tanto peor para ellos. Este libro es una ofrenda al alma canaria, y el alma canaria yo no la concibo, no la puedo concebir partida en pedazos; en tantos pedazos cómo las islas son. Flotar  siempre sobre nuestras luchas, consoladora y grande, una y eterna. En ella pienso, por ella trabajo,   ella le rindo mis modestas labores.

Probad   romperla vosotros los que sólo habeis conseguido agitarla. No la

romperéis. Probad á apagarla. No la apagaréis. En pos de esas agitaciones pasajeras, recobrará la serena posesión de sí misma. Las riñas familiares de la canaria gente, tendrán su término, porque hemos de aprender al fin que mientras nos peleamos, nos debilitamos y nos empobrecemos; que si estamos unidos espiritualmente de una manera indisoluble, será en vano, será absurdo inferirnos heridas y desgarraduras materiales y físicas.

La raza vive como unidad, y no debe olvidar que la llama su destino....

*
* * *

Pero este libro sólo es un libro de impresiones. Quien busque en él otra cosa, se equivocará. Hicelo en su mayor parte de recortes periodísticos, y lo entrego á la benevolencia de los que se muestren y fatiguen leyéndolo. Si fuera algo, sería la obra de un artista desinteresado y generoso.

Y eso desearía yo que fuese, además de ser, en el sentido dicho, humilde ofrenda.

IMPRESIONES DE UN VIAJE POR TENERIFE
(1902-903)



I

Introcito

Mi vida es un desierto donde me estoy muriendo de hambre, de sed y de frío. En la soledad y el silencio que habitualmente me rodean, mi pobre corazón languidece como una flor en la obscuridad. Sobre mi cabeza han caído nieves tempranas. Llevo en mi interior una fiera que necesito domar y cansar: la neurastenia, cuyas manifestaciones principales son angustia, tristeza, desesperanza y duda indescriptibles. Me siento mordido rabiosamente, insultado, abofeteado, lapidado, herido; busco las marcas físicas de las heridas, olvidando ¡necio de mí! que están por dentro y que por dentro sangran. ¡Cuántas veces sube la hiel á mi boca y me la trago en lugar de escupirla al rostro de los muchos

imbéciles que se cruzan en mi camino y á quienes desprecio!

Juzgad si vivir de esta manera es vivir. Ni un minuto de calma moral, ni un segundo de perfecta bienandanza. Cómo no bastaban mis propias tristezas y mis propios dolores, recojo los dolores y las tristezas de los demás para abreviar siempre amargura. Huyo de la turba innoble de la gran aldea. Con razón pude decir hace poco á los obreros de Santa Cruz:—¡Soy espantosamente desgraciado, y éste es el mejor titulo que invocaré para con vosotros, que ahora estáis aprendiendo á ser felices! Desde la zona tórrida me han transportado á los hielos, y antes me será posible morir que aclimatarme.

En el movimiento, en el cambio de horizontes, hallo alivio á mis espantosos dolores morales. Una breve temporada de rigurosa dieta literaria me ha reanimado; una serie de excursiones por la campiña de Tenerife me ha devuelto el sueño, el apetito, la confianza en mi mismo, ya que no la alegría, y el afecto hacia los otros. He tenido éxitos, obsequios, agasajos inmerecidos, pero ¿por qué negarlo? halagadores. He encontrado gentes bondadosas y amables que me han reconciliado con la

existencia y me han hecho creer de nuevo en la amistad. Me he acercado al Teide para medir mi pequeñez, y lo he visto tranquilo, con una tranquilidad que le envidio; ¡él, que podría, si quisiera, aniquilarnos á todos! He registrado hasta el último rincón de la deliciosa vega lagunera y he penetrado en el bosque virgen del Agua Garcia, donde hubiera deseado quedarme para siempre, plantando mi tienda de salvaje á la sombra de un árbol secular. He contemplado puestas de sol inverosímilmente hermosas. ¡Cuánto oxígeno vital he recogido en mis pulmones! Traigo conmigo ráfagas, esplendores y perfumes del inmenso espacio. Ya no me parecen innoble la baja turba de la gran aldea.

Y ahora, otra vez á trabajar. Cerraré de nuevo mi puerta y entrará de nuevo en mí la melancolía del crepúsculo.

He estado demasiado grave en el *introyto*, ¿verdad? Es un intervalo lúgubre. En medio de sus forzadas risas, lanza el payaso un grito de dolor. Pero luego torna á embadurnarse la cara y continúa riendo por fuera y llorando por dentro.



II

Tacoronte

En esta excursión á la Orotava, cómo en las demás que he emprendido recientemente para visitar distintos puntos de Tenerife, me acompañan nobles y afectuosos amigos que extreman el cumplimiento de los deberes de hospitalidad. Nunca podré agradecerles bastante sus finas atenciones. Quede aquí consignado el testimonio de la profunda gratitud con que correspondo á ellas y el propósito que formo de pagarlas bien, cuando llegue la ocasión de pagarlas.

La campiña tinerfeña ofrece, desde la Laguna en adelante, una serie de paisajes encantadores. Primero son los campos laguneros, las llanadas de los Rodeos feraces dilatándose hasta las montañas que los

encuadran y los limitan coronadas de vaporosa niebla; luego son Tacoronte, la Matanza, la Victoria, Santa Ursula, una sucesión de pueblos lindísimos que se asoman sonriendo por entre la verdura y nos saludan enviándonos el perfume de los rosales silvestres y de las madre selvas trepadoras. Las flores suben hasta los campanarios para mandar al cielo su aroma junto con el incienso de los altares y la plegaria sonora de las campanas.

Tacoronte aparece en una gran depresión del terreno, como un vasto jardín sembrado de casas y de quintas. El caserío, disperso, presenta un conjunto que puede llamarse bello desorden artístico; aquel confuso agrupamiento es hermoso sin ajustarse á la severa regularidad. Apenas hay calles. Las viviendas están diseminadas en medio de espaciosas huertas ó deliciosos parterres. El mar, color turquí, completamente dormido, rima con leve rumor el sueño del pueblo, tendido á la sombra protectora de sus dos iglesias, una de las cuales sirve de santuario al famoso Cristo cuya fiesta se celebró hace poco. Allá arriba, el Hotel Camacho despliega su arquitectura ligera, semejante á un palacete recortado en cartón.

Ya amarillea en los campos el otoño. Nos envuelve el remolino de las hojas que se van, y hasta en el rostro de los campesinos, que cantan á la puerta de sus hogares, se refleja un tinte melancólico. Sin embargo, no lo tienen ellos, mi imaginación se los dá. El preludeo autumnal siéntese tan sólo en el fondo del alma como un hálito interior de dulce tristeza. La tierra nunca se pone triste ni fría en nuestros climas; no se viste de luto en el invierno, ni siquiera de medio luto. El invierno no hace más que *desteñirle* un poco las vestiduras estivales. Aquí las estaciones, consideradas en relación unas con otras, son propiamente *atenuaciones*.

Una apacibilidad bucólica se exhala de cuánto nos rodea. Tacoronte todo es una inmensa égloga cuyas figuras vivientes nos salen al paso y nos convidan á gustar las delicias arcádicas prolongando el embeleso de esta contemplación.

Pero el hambre grita desesperadamente en nuestros estómagos, y la Matanza nos espera. En la Matanza hay una fonda donde hubieran podido saciar su elefantino apetito varios Gargantúas. ¡A la Matanza, pues!

Matáremos el hambre en el mismo lugar en que la antropofagia de la guerra consumó una espantosa mortandad de seres humanos obligados á exterminarse sin misericordia. Allí se han conjugado y se conjugan los dos grandes verbos: matar y comer. Para alimentar á los viajeros que pasan, *la matanza* se continúa indefinidamente en *los gallineros*.



III

La Matanza

Desde la Matanza divisase un panorama hermoso que la fotografía ha popularizado. El Pico se vé en una de sus *actitudes* más soberbias; digo actitudes porque mi imaginación se empeña en atribuir á la enorme montaña una personalidad tiránica y avasalladora. Es el Padre Teide, á cuyas plantas las islas reposan ceñidas de la nieve cándida de la espuma, formando un coro de gracias. A todas por igual las custodia y se me figura que cuándo se despierten otra vez sus cóleras de padre enloquecido, á todas por igual las matará.

En Tenerife no se puede dar un paso sin que la vista tropiece con la pavorosa

mole gigantea. Parece que se mueve, parece que amenaza; dominadora del espacio, su serenidad inalterable infunde respeto y miedo á un tiempo mismo. ¿Rugirá el mónstruo algún dia? De su boca se escapa un débil aliento, respiración de titán dormido. Por ahora es el buen Padre Teide, vigilante y callado. Siempre está presente; hasta cuando la bruma lo envuelve y los nubarrones lo ocultan, *siéntesele respirar*. A él lo referimos todo; las pequeneces y las grandezas. Cómo la imágen del rey, la imágen del Teide preside el hogar tinerfeño.

Y es otro rey, monarca omnipotente, Júpiter de la naturaleza. Se ha tragado sus rayos; pero ¡ay de nosotros el día que le ocurra, en un raptó colérico, echarlos de sí! Hoy se nos muestra propicio, benévolo, risueño diría si los titanes pudiesen sonreír. Por lo menos ha desaparecido su ceño adusto. Destacándose entre la luz difusa de esta plácida tarde, su mole soberana no brilla, relumbra. Se ha vestido el Padre Teide un blanquísimo albornoz, y luego lo ha dejado escurrir hasta sus faldas, y se ha quedado con el colosal cuerpo desnudo; el turbante le flota hecho girones. Las albas nubes se extienden como

almohadones á sus piés. ¡Qué hermoso estará cuándo se ponga, único competidor posible del cha de Persia, todos sus diamantes!

Vale la pena venir á la Matanza, aunque no sea sino para comer y para ver el Pico. El pueblo es pequeño y nada ofrece de particular. Lo mejor del pueblo es la moza Gabriela, renombrada en Tenerife y aun en el Archipiélago. Se llama así una bella sirvienta de una de las dos fondas que en el lugar existen; Vénus-Maritornes, que tiene por santuario la cocina y por trono el fogón. Cuántos por aquí pasan, desde el mozo de mulas al caballero linajudo, le llevan el homenaje de sus adoraciones. En la casa es un talismán; garantiza el bienestar del establecimiento atrayendo y subyugando á los viajeros. Asegúranme que ya ha dejado de ser mascota; pero sigue siendo sirena. Bonita como un amorcillo, resistente á los asedios como una sólida fortaleza.

No es una hermosura maciza, cual suelen abundar por estos campos, sino una belleza delicada, un palmito finísimo. Con su pelo en *bandeaux*, su naricilla caprichosa y sensual, sus negros ojos fulgurantes y sus frescas sonrosadas mejillas, re-

cuerda las Vénus del Tiziano más que las mujeres de Rubens. También nosotros la visitamos. Hallámosla ocupada en desplumar pulcramente una gallina con sus preciosas manos que habían despellejado las salpicaduras del agua caliente. Estaba coronada de zumbantes moscas y aún tuvo humor para sonreírnos, y para contestar con mucho ingenio á los piropos y pullas que le dirigiera Crosita, el incomparable Crosita.

¡Pobre Gabriela! Volvemos á la otra fonda huyendo del mosquero y comemos como unos cardenales. ¡Almuerzo inverosímil en sitio tal! Siete platos, buenos todos; dos pesetas cincuenta céntimos el cubierto. Y en las paredes del comedor hay unos carteles donde se avisa á los comensales que, por razón de la carestía de los artículos, la dueña de la casa se ha visto precisada á aumentar en cincuenta céntimos el precio de las comidas, que antes no pasaba de dos pesetas.

Despachamos alegremente el banquete. Crosita, inspiradísimo, pronuncia siete brindis en distintos idiomas, tantos como platos. Suarez-Corvo improvisa unos versos. Los demás excelentes amigos rien y comen.

Otra visita á Vénus-Maritornes, en la que Crosa le busca el ceñidor y sólo le encuentra el delantal. Al tomar de nuevo el coche para seguir el viaje á la Orotava, todos declaramos convencidísimos:

—La Matanza... es Gabriela.



IV

Puesta de sol

Los pueblos del trayecto siguen saludándonos desde los floridos lechos en que se reclinan, sesteadores y risueños. Nos envían besos perfumados, nos dicen adiós con los mismos cantos que los campesinos elevan para despedir al sol poniente.

Y el sol también saluda á la tierra antes de retirarse en medio de una fiesta del cielo que nadie, ni el pintor más inspirado, ni el escritor más poderoso, lograrían describir. Se admiran pero no se describen esos espectáculos superiores á cuantos medios de expresión tiene el arte humano. El pincel y la pluma se acobardan, se escurren, se caen de las manos que como instrumentos de creación los mueven, en presencia de tanta y tan incommunicable

hermosura. Sin asomos de paganismo puede decirse que Dios es el sol; pero jamás me ha parecido que lo fuese tanto como esta tarde á la hora solemne de la agonía de la luz.

Hubo primero una vastísima licuación de oro en el espacio. La turquesa del cielo y la esmeralda del mar se esmaltaron de rayos difusos; los rayos, reunidos en hacesillos, fueron pronto ráfagas deslumbradoras; las ráfagas, como luminosas pinceladas en el azul, tomaron formas diversas y fingieron columnas incandescentes, capiteles encendidos, cresterías rutilantes, la arquitectura sublime de un tabernáculo; nubes empapadas en ideales colores rodeaban como reclinatorios para los angeles y para los santos aquel trono del Ser Supremo. El astro se disolvía en una lluvia de destellos que á cada segundo, por obra de inconcebibles combinaciones, afectaban una nueva milagrosa apariencia. Y, sin embargo, aquéllo no era sino la preparación del cuadro.

Poco después, su aspecto cambió completamente. Desapareció el tabernáculo, fundióse el oro de nuevo y se derramó en chorros, en regueros resplandecientes que fueron formando montañas en fusión, gloriosos monumentos, duomos, torres,

agujas, columnatas, botareles, pórticos y frontones, basílicas, coliseos y palacios, calles, plazas y camposantos. Una ciudad fantástica, fabricada de vapores y de resplandores, surgía en los aires. Por los bordes de las nubecillas sonrosadas, asomaban puntas de alas angélicas. Un lago se abrió entre las edificaciones portentosas, una faja de un verde que yo llamaría *soñado*, tan limpio era, y tan puro. El sol, al morirse, se entretenía en estos inimaginables juegos de luz, é indudablemente había *Alguien* detrás del sol.

¡Escenógrafo divino que pintas estas decoraciones del ocaso, yo te adoro de rodillas!

Hicimos detener el coche y efectivamente nos arrodillamos. Crepúsculos como el que he tratado de recordar en frases incoloras, son frecuentes aquí durante el invierno. Desde los balcones del hotel Taoro los admiran con la boca abierta los huéspedes ingleses cantando el *god save the king*. El valle es muy bello; pero á tal hora su belleza se obscurece ante la magnificencia solar. Es sólo un anfiteatro dispuesto por la naturaleza para ver el espectáculo de los espectáculos, para ver cómo muere el sol.



V

El Taoro

He vuelto á ver el grandioso hotel Taoro, una de las cosas más notables que hay en Canarias. Siempre que lo veo me produce la misma impresión de grandeza que aplasta. Es, si, lo grande en medio de lo bello. Me hace pensar en los palacios reales abandonados por los reyes á quienes expulsa la revolución, y asaltados por la burguesía triunfadora.

Pero al Taoro también vienen como huéspedes reyes acompañados de preciosas mujeres. Tres años há, el de Bélgica estuvo aquí. Ahora anuncia, según creo, su segunda visita. La primera vez trajo consigo una hermosísima flor humana cogida para regalo de su real alcoba en los jardines mundanos de Paris. Luis Figue-

roa, relamiéndose, me la describe cómo una suprema tentación. Dice que, vista entre las rosas, era la más grande y la más bella.

Luis Figueroa es poeta, aunque el maleante *Gedeón* diga lo contrario, por seguir la broma. Es poeta sensual que canta las maravillas de la carne y, cuándo desarrolla en prosa ó en verso su tema favorito, hace gala de una elocuencia irresistible. Como abogado tiene triunfos jurídicos, pero el mayor lo conquistaría si hubiera de defender á una nueva Fryné desnuda y pecadora, ó á una nueva Magdalena antes del arrepentimiento.

Por las galerías y salones del hotel vaga cómo un alma en pena mi imponderable amigo D. Domingo de Aguilar. Prepara la casa, que recibirá pronto á los primeros invernantes; da los últimos toques de acicalamiento al enorme edificio, manda suavemente la maniobra como un gentleman hecho contra-maestre. Sin embargo, su suavidad resulta más eficaz que la mayor rudeza, por que aquel hombre es un perfecto caballero, y los caballeros perfectos no necesitan desgañitarse para ser respetados y obedecidos. Cual siempre, me abruma con sus agasajos. Yo no

puedo corresponderle sino diciendo lo que queda dicho. Son tan deliciosos estos lugares que si pudiera olvidarme de la tierra de Gran Canaria, donde nací, donde tanto sufro, desearía quedarme en ellos para siempre y que bajaran mi ataúd por estas floridas sendas hasta aquel rinconcito del Puerto de la Cruz, hermoso y triste.

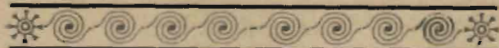
Al Puerto vamos, descendiendo por la inmensa gradería de bosques y jardines que empieza á desarrollarse junto al Taoro. Mirado desde abajo, el hotel parece un gigantesco castillo del Rhin con su feudo á las plantas.

Una agradabilísima comida íntima pone fin á esta jornada inolvidable. Me acompañan Benito Pérez Armas y Luis Figueroa, dos poetas empeñados en extraviarse por los caminos del positivismo. Figueroa ¡horror! se va á casar. Benito Pérez está dedicado á alumbrar aguas, y mientras las encuentra y las alumbra, mantiene ociosa su pluma, que tantos regalados frutos podría darnos. Deseo que esa pluma sea por el momento la varita de Moisés, y que luego nuevamente florezca y fructifique.

Como los tres somos en más ó ménos grado soñadores, durante la comida el amplio comedor se puebla de aladas me-

táforas y paradojas que vuelan sobre la mesa como mariposas nocturnas. Un eséptico, un pagano y un ecléctico encantador se han juntado. A los postres, estamos de acuerdo en un punto: declaramos que mirada á través de las ventanas del Taoro abiertas sobre el valle, sobre el océano, sobre las frondas tupidas y saturadas de intensos perfumes, en aquella quietud paradisiaca en que todo duerme y todo sueña, se embellece mucho la abominable vida.

El Sr. de Aguilar cree lo mismo que nosotros.



VI

La Laguna

La Laguna, invadida por los veraneantes, que cada año aumentan, cobra animación y alegría. Interrumpe su habitual tristeza, se endominga aun en los días ordinarios, abandona su actitud perezosa de matrona que dormita soñando en glorias pasadas. Sus calles se llenan de ruido, las amplias salidas á sus campos hermosos ven pasar alegres peregrinaciones, largas comitivas en dirección de los pintorescos alrededores, San Diego del Monte, Tejina, Teguste, las Mercedes. Los domingos, durante la temporada estival, en la ciudad no se encuentra un coche disponible, una vez transcurridas las primeras horas.

Las fiestas del Cristo y de San Miguel atraen grandísima concurrencia de fo-

rasteros, la primera sobre todo. (1) Es un espectáculo sublime aquel que se admira á la entrada del Crucificado en su capilla suntuosa, volviendo de recorrer la Laguna engalanada, reverente y postrada de hinojos. La lenta procesión detiene su paso; Cristo en la Cruz, con las carnes acarrenaladas, los ojos muertos, dolorida la faz augusta, parece enderezarse alegrando un momento su mortal agonía para sonreír á los que le bendicen, le rezan y le aclaman. La fe que le contempla cree verle efectivamente risueño. Y á sus pies abiertos, llagados, lívidos, deposita un tributo colosal en que se mezclan todos los dones y todos los ofrecimientos.

La sencilla devoción campesina se dá con ímpetus fogosos en un raptó extraordinario que conmueve la vasta plaza de San Francisco, donde Dios triunfa. El espacio se llena de delirante amor místico, expresado en formas paganas. Los aldeanos venidos de los contornos gritan, cantan y bailan el *tajaraste*, cual si quisiesen rejocijar al divino humillado, al divino entristecido. El velo negro del crepúsculo

(1) Vi la Bista del Cristo hace muchos años; pero la impresión entonces recibida no muere en mí.

se rompe, se quema y se deshace en chispas, al estruendo de una pirotécnia formidable que imita un terremoto. La Pasión, simbolizada en aquella Cruz, se convierte en gloria. La noche, incendiada, truécase en día radiante y triunfal. Cristo sonríe, gozoso en medio de su martirio.

De las colinas surgen llamas; en las calles el mirto esparcido y las flores deshojadas embalsaman los pies de los transeuntes; un rumor inmenso formado por millares de voces llega desde muy lejos trayendo á Cristo vencedor la adoración de sus fieles en una gran plegaria de la Naturaleza. *La Vega entra en la ciudad.* El pasado viene al presente. Hasta las cargadas báquicas suben como un homenaje, en competencia con el serpenteo de los cohetes.

Toda la Laguna es templo aquel día, templo que sufre numerosas profanaciones, porque la muchedumbre en fiesta, aunque piensa en Cristo, concluye por adorarlo paganamente. Cristo, sin embargo, sigue sonriendo bajo su corona de espinas, dispuesto á desprender sus clavados brazos y á bendecir la grey creyente que le exalta.

.

La Laguna es templo, repito, aquel día. Lo es siempre. Nunca cesa de oírse el gemido ó el canto de sus campanas, lenguas de bronce que mantienen interminable conversación con lo infinito. La bella y simpática ciudad, con sus históricas vejeces, es un gran museo. No la describiré para que no se diga que trato á estas horas de descubrirla. Deberían cercarla de una verja y dejarla entregada al sueño. Cada golpe descargado sobre su vetustéz, la profana. Su reposo es el reposo solemne de la historia.



VII

Agua-García

El día que hicimos la excursión al bosque del Agua-García, no encontramos en la Laguna un solo carruaje de alquiler disponible. Las cocheras estaban vacías porque se había organizado otra gira de placer á las Mercedes, en que figuraban el grupo veraneante casi íntegro y las más distinguidas familias de la ciudad.

Dolíanos dar por fracasado nuestro plan. A falta de coche un carro,—dijimos,—y en demanda del carro fueron dos ó tres de la partida prometiendo traerlo tal y tan bueno y tan cómodo que no nos dejara echar de ménos otro mejor vehículo. Al cabo de breve rato estuvo delante de nosotros una carreta capaz cómo para diez personas, montada sobre gran -

des ruedas, cerrada á los costados por una doble baranda y en la parte trasera por un tablón corrido; provista de banquillos de palo, bastante parecida, según imaginé, á aquellas carretas en que la Revolución Francesa expedía sus víctimas á la guillotina. Mandábala un hombre formidable, de récia musculatura, hercúlea complexión y poderosas mandíbulas; un *luchador* canario de la edad heroica cuyo nombre me dijeron y no recuerdo ahora, ni me importa mucho recordarlo.

Miré al coloso con respeto. Sus puños macizos, á poco que tirasen de las riendas, debían romperlas, y á poco que acariciasen unas narices, debían aplastarlas. Aquel hombrachón, empotrado en estrecho asiento, hacia temblar el armatoste bajo el peso de su humanidad, y bromeaba y reía con esa benevolencia propia del fuerte que significa: «*ni temo ni provoco, y por eso me humanizo*». Los gigantes suelen ser así, accesibles, benignos, hasta mansos. Igualan la pachorra del camello y la mansedumbre del elefante que, representando el sumo grado de la fuerza, la guardan siempre en reposo.

El carro y el carrero parecieronme mágicos. Pensé en las hazañas de Hércules, y

me creí invitado á una descomedida é imponderable aventura. La verdad es que nunca me he divertido tanto como en aquel viaje realizado vulgarísimamente; pero lo original resulta á veces del exceso mismo de lo vulgar, y entonces resultó.

Apenas hubimos emprendido la marcha, empezamos á saltar como títeres. El conductor, inmovible en su pescante como una humana roca, no saltaba, sino que á compás de los acentuados movimientos del carromato columpiábase magestuosamente. Bajaba y subía aquella mole incrustada en la delantera, mientras nosotros, zarandeados, traqueteados, sufríamos á cada salto violentos entre-choques. En un barquinazo, *Por amor y por dinero* fué á chocar con *El Cristo de la Laguna*; es decir, que Suárez-Corvo chocó con Vilela.

Acudimos en su socorro y les volvimos á su sitio. Otros expedicionarios se derrumbaron después, cual torres vencidas por el terremoto. Nadie podía tenerse, á causa de las tremendas sacudidas y los fortísimos bandazos. El descomunal auto-medonte hacia tomar á su caballo un trote que nos descuadernaba. El carro chirriaba, chillaba, gemía, produciendo un ruido atroz de hierros viejos desencajados

y removidos. Recordé una frase de Victor Hugo, una de aquellas metáforas que caracterizan la sublime barbarie de su estilo. Nuestro auriga “parecía un demonio arrastrando el trueno.”

Súbito, cruje el banco de una de las bandas, nos tumba á varios y de nuevo padece dolorosa caída *El Cristo de la Laguna*. Gemidos, protestas, risas, burlas. En este preciso momento de nuestro naufragio ridículo, pasan unos coches con ingleses que vienen del hotel Tacoronte bajo la conducción de su dueño el orondo portugués Camacho.

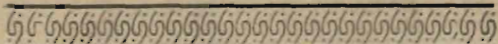
Crosita entabla con el gran don Luis en lusitano macarrónico uno de esos diálogos que constituyen quizás la más curiosa de sus especialidades.

—Vamos de *brincadeira*,—concluye por decirle.

Camacho á su vez habla con los britanos, que se ríen suavemente de nosotros.

—¿Lo ven Vds?—nos dice Crosa. De seguro les está contando á sus huéspedes alguna pintoresca historia en la cual aparecemos nosotros como caprichosos señoritos, hijos de marqueses ó condes, que, por variar, vamos en carro pudiendo ir en carroza.

Entre tumbos y brincos, caídas y tope-
tazos, llegamos por último al término del
viaje que podíamos hacer en carreta. Des-
de allí, moribunda ya la tarde, tendríamos
que acometer una caminata hasta el
Agua-García, cuya grande y solemne her-
mosura intentaré describir en otro artícu-
lo, aunque dudo de conseguirlo.



VIII

Hacia la selva oscura

Dejamos el carro y seguimos á pié hasta el monte del Agua-García, distante lo menos media legua de aquel lugar en que habíamos cambiado la locomoción animal por nuestra propia locomoción. Los últimos momentos de un día alegre y radioso, traíannos mil rumores concertados como de un epílogo musical de la Naturaleza. Respirábamos y absorbíamos, disuelta en el ambiente suave, una poesía melancólica que hasta de los campos en rastrojo se exhalaba. Era el *bel morire* en que todo hombre de mediana afinación artística cree percibir voces de la inmensidad, llamamientos del infinito.

A tal hora, los grandes velos misterio-

sos se corren y se cierran: detrás de ellos algo inefable palpita que tiene comunicación con el espíritu. Bajo su imperio estamos, y por estarlo, nos sentimos, sino buenos, mejores, dignos de gozar la suprema belleza. El espectáculo del mundo natural nos exalta al éxtasis divino y nos limpia y nos rescata del barro de la tierra. Pero basta, basta de filosofías.

No acabábamos de llegar, y ya sobre nuestra frente se condensaba la sombra. Nos cruzábamos con campesinos que, de vuelta del monte, nos saludaban con esta frase propicia y dulce, bruscamente cortada: *la paz de Dios...*, como los campesinos de las campiñas de Italia saludan al pasajero enviándole el halago de esta melodiosa palabra: *felicítá*.

—¿Falta mucho,—les preguntábamos, —para llegar al bosque?

Y una, dos, diez veces, nos respondieron lo mismo:—Poco falta, tras de aquel recodo se aparece.

¿Qué se había de aparecer? Estaba más allá, escondido y lejano como los bienes, como las glorias por cuya conquista la humanidad batalla; solo que á las glorias, á los bienes, la mayor parte de los hombres no llegamos nunca, y al bos-

que, aunque vencidos del cansancio, llegaríamos nosotros.

Las gentes del campo, por el hábito de vivir circuidas de lo inmenso, no tienen noción precisa del tiempo ni del espacio. Miden muy á lo largo las distancias, refiriendo lo grande en extensión á lo pequeño. Las leguas de su cuenta holgadísima son harto mayores que las nuestras en la amplitud de su percepción material, lo contrario de lo que ocurre con sus visiones morales, estrechas y miserables.

Por eso aquellos rústicos nos decían, invariablemente, en respuesta á nuestra pregunta: Allí lo tenéis, y avanzábamos y no veíamos el fin de nuestro viaje. Antes de verlo, cayó la noche, una noche magnífica.

Habíamos admirado cuadros de encanto indecible, durante la caminata. Vimos un crepúsculo de apariencias y variaciones, por lo bellas, inenarrables. Primero pintáronse en el cielo límpido, fajas multi-colores, divergentes, semejando el varillaje de un enorme abanico solar; luego, previa una rápida transición luminosa, el gran disco mostróse deformado y llegó á afectar la forma de un farol japonés que lentamente caía al mar.

Por el lado opuesto, surgía la luna pálida y amorosa. ¡Soberano simbolismo! *Era la mujer*. En todo matrimonio perfecto, el marido representa el sol, la mujer la luna, y los hijos y la servidumbre los planetas y satélites. Como este sistema planetario es completamente caprichoso, suprimiremos á la tierra por fea, por sucia y por mala.

Estoy ante la selva oscura. En derredor mio, se extienden la naturaleza dormida, la vida agitada. Este viaje dantesco ha destrozado mis piés, pero ha estimulado mi imaginación: por el camino, me he entretenido en cazar aligéras pintadas mariposas, en vez de apartar las piedras.

Penetraré en la selva mañana.



IX

En la selva oscura

Hémos ya en el umbral de la selva que alza ante nosotros su masa sombría. Llegamos, como llevo dicho, al cerrar de la noche, cuando, apagados los últimos rumores del trabajo campesino, la extensión poblada de árboles tórnase doblemente misteriosa. Las sombras se tienden entre los troncos, vamos tropezando con el manto negro de las tinieblas salpicado de rayos de luna.

A medida que nos hundimos en la obscuridad, el horror y el encanto crecen. La presencia de lo enorme nos aplasta, pero la adivinación de lo divino nos engrandece, nos consueña. Esto pudiera llamarse condensación material del tiempo en el espacio. Nuestras edades reunidas no son

nada si las comparamos con cualquiera de los colosos inmóviles que entrelazan sobre nuestras cabezas sus múltiples brazos. Los siglos nos contemplan y nos saludan. Por los claros de la bóveda llega á nosotros el misterio de las radiantes excelsitudes. Nunca soñé encontrar en Canarias un sitio de tan romántica belleza.

Llena de ideas está la espesura. Desahogados absolutamente de las cosas bajas y perecederas, emancipamos nuestro espíritu, sublimamos nuestro pensamiento. Precedenos como un fuego fatuo la llama del farolillo de nuestro guía, llama mezquina, inquieta y trepadora, que profana la magestad selvática; sus correrías, sus travesuras, ultrajan el culto de paz y silencio que á la venerabilísima congregación debe rendirse. Cada árbol murmura en nuestro oído incomprensibles palabras, parte de un canto salmódico, que recoge la noche en sus inmensos senos para trasmitirlo al cielo profusamente estrellado.

La espesura, repito, está llenas de ideas. No hay cerebro que aquí no entre en actividad, sintiéndose de pronto fortalecido é iluminado. Hasta nuestro conductor se nos revela ser pensante y nos sorprende

con frases inspiradas, impropias de su estólida rustiquez. Se para y nos dice:

—Siempre que vengo á este *matorral*, me entran ganas de rezar algo. ¿Creerán sus mercedes que me dá miedo y no sé de que me lo dá?

Es la posesión del hombre por la selva. Nosotros también la sufrimos. La resonancia de nuestras voces, las hace solemnes; á derecha é izquierda, las masas de follage se estremecen cual si estuvieran animadas de una respiración nocturna. Nos abrimos paso con esfuerzo, las ramas retorcidas y erizadas, unas veces nos acarician, otras veces nos azotan el rostro. Y la lluvia de pálidos reflejos que cierne la tupida ramazón, traza en el piso musgoso y húmedo grandes fajas argentadas.

Vemos troncos imponentísimos de apariencia mineralógica, hundidos é incorporados en la roca de tal modo que forman con ella un sólo cuerpo. Los dos reinos muéstranse confundidos. Alguno de esos troncos tiene tanto grosor que formados en ronda los expedicionarios no logramos ceñirlo.

La impresión es confusa, pero intensa. Siluetas pavorosas se destacan de los lejanos términos oscuros, dijérase que

avanzan á encontrarnos. El débil resplandor del farolillo del guía se oculta, sorbido por la sombra, y reaparece bailoteando. El agua, alma y voz de la soledad, canta á lo lejos...

Un pedazo, en fin, de bosque americano, de bosque virgen, que en medio del suave é idílico paisaje canario semeja obra de artificio, decoración pintada y contrahecha; pero que cuando de cerca se le mira, cuando se está en su contacto y bajo su dominio, cautiva, avasalla los sentidos. Quién haya visitado Agua-García en las condiciones que nosotros lo visitamos, no olvidará jamás la hermosura de estos parajes, donde todavía, vivificadas por la imaginación que las creó, habitan las hamadriades.



X

La "Maga"

Cada uno de los adorables pueblecitos del campo lagunero tiene su nota propia, su encanto especial; desde todos ellos divísase un paisaje amplio y lindísimo en que los últimos términos se esfuman en un ambiente velado, y bajo el pabellón de las cambiantes nubes las montañas adquieren tonos de un violeta intenso. Por las desembocaduras de aquel anfiteatro, asoma y penetra el azul del mar.

Sinuosos senderos de monte conducen á las cimas arboladas; anchas y bien mantenidas carreteras, cual la de Tejina, comunican la Laguna con los pagos de su contorno, tendidos y dormidos á su sombra protectora. La venerable ciudad, madre envejecida de prole numerosa, poco

calor puede ya darles; pero ellos viven del suelo pródigo que los sustenta. Y diariamente envían sus productos al mercado de la *urbs mater*.

También le envían sus aldeanas en revueltos grupos que llevan consigo la alegría de la campiña. Son por lo común buenas mozas, de color encendido, formas exuberantes, suelto andar. No tienen la rusticidad salvaje de nuestras *talayeras* y su indumentaria es típica. Su sombrero masculino presta al rostro una sombra suave que realza los pronunciados rasgos. Van descalzas como la mayor parte de las campesinas canarias, no tanto por rigor de miseria como por comodidad, aunque parezca absurdo. Andan mejor sin zapatos: cuando su ceremonial les ordena llevarlos, en los días de fiesta de gala, no se los calzan, sino que los ostentan y lucen en las manos, juntamente con el paraguas ó cualquier otro adminículo. Su imaginación viva les sugiere salidas de un cómico grotesco con que responder á las pullas que al paso les dirigen los señoritos.

Uno de los espectáculos más interesantes para el forastero es el que le ofrecen estas campesinas que por las mañanas

acuden á la Laguna, agrupadas y bulliciosas. Su invasión trae regocijo á la vieja ciudad, la despierta y la anima. En los anchurosos caminos de la vega destacan el rojo fuerte de sus faldas y en la tranquilidad del ambiente lanzan las notas traviesas de sus risas locas.

Para ellas los piropos tienen sabor de injurias, las lisonjas de agravios. Cuando se las celebra, considéranse atacadas en su amor propio, confusamente sentido, por lo cual apuntan la artillería ligera de sus burdas malignidades. El gesto acompaña la frase completándola, dándole singular elocuencia. Con un ademán enérgico, seguido de una palabra fustigadora, paran en seco al más atrevido.

Son únicas en su especie, como nuestras *talayeras*, citadas más arriba; pero les llevan ventaja porque en su ordinariez hay mezcla de gracia, una gracia peculiar é indefinible, mientras que las mujeres de la Atalaya son simple, exclusiva y desafortadamente cerriles, sin añadidura de ningún elemento amable.

Entre las laguneras de extra-muros, al contrario, se suelen hallar figuras femeninas de presencia airosa, de genio desenfadado, de lengua tan suelta como ocu-

rente, tipos de una espontaneidad que seduce. Lo campestre se asocia en ellas una miajita de lo urbano; no huyen de las gentes de las ciudades, como nuestra talarera, sino que más bien tratan de acercárceles, y tomar sus modos y formas. El fondo, sin embargo, á despecho de las aproximaciones, permanece inalterable y constituye lo pintoresco de esta clase popular civilizada en un décimo.

El mayor poder de la *maga* está en la risa. No se rie como las demás personas; con su carcajada acaricia ó abofetea, pega ó halaga. Y ese poder halla su complemento en la expresión crudísima del *remanguete*. Cuando una maga emplea ese doble lenguaje, dice con él todo lo que se propone decir. Un movimiento de hombros ó de caderas, subrayado con su especial manera de reir, le basta para tumbar á un hombre.

Es una chula malograda por el nacimiento.



XI

La Villa-Chasseriau

Uno de los recuerdos más agradables que conservo de mis recientes excursiones por Tenerife es el de la visita á la magnífica quinta del barón de Chasseriau, situada en Tegueste, muy cerca de la Laguna.

Había admirado antes de llegar á ella, bajo diversos aspectos, la naturaleza solamente: en ella pude admirar la naturaleza y el arte. El barón de Chasseriau, antiguo cónsul de Francia en Tenerife, construyóse aquel refugio de artista refinado y de sibarita para pasar largas temporadas lejos del mundanal ruido, viviendo á lo gran señor.

El edificio, cómodo, espacioso y elegante, reproduce en su traza el estilo de

las «villas» italianas. Rodéanlo extensos jardines donde una vegetación cuidadísima y una interesante flora exótica despliegan sus galas multi-colores. La mano misma del barón, notable jardinero, guía el desarrollo de las plantas con pericia y cariño no mal correspondidos, pues crecen aquéllas llenas de vigor y lucen orgullosas sus encantos. La abundancia de ejemplares raros, el pululamiento de ricas especies dentro de las estufas y á lo largo de los senderos, hacen del precioso parque un verdadero jardín botánico. Cuando lo visitamos, los primeros soplos fríos del otoño empezaban á despojar la arboleda; pero no por ello dejaba de aparecer encantador en su semi-desnudez, cubierto con una crujiente alfombra de hojas muertas.

El barón de Chasseriau, amable *gentil homme campagnard*, nos mostró cuánto hay en su posesión digno de verse, que no es poco, desde maravillas de floricultura hasta tesoros inapreciables de pintura y estatuaria antiguas. ¿Quién sospecharía que en aquel deleitoso escondite estuvieran coleccionadas joyas auténticas, obras maestras de las mejores escuelas pictóricas, y además, algunas muestras soberanas de diversas artes plásticas?

El barón es un inteligente é infatigable *amateur*. Ha formado una valiosa colección artística, parte heredada, parte adquirida á precio de oro. Se complace en enseñarla á sus visitantes y, como tiene competencia suma, como sabe la historia y el mérito de cada obra, de cada pieza, los ilustra con oportunas observaciones y abundantes notas. La Villa-Chasseriau, escondida en el rincón florido y aromado de Tegueste, contiene riquezas de museo.

Con no fingido entusiasmo celebramos lo que vemos para que se nos permita ver lo que aun permanece oculto. Arbustos peregrinos, semejantes á árboles enfermos, llaman nuestra atención en el parque. El barón de Chasseriau nos los designa por sus nombres botánicos, entonando un himno á la magnificencia de la vida en los trópicos.

—Ahora verán ustedes lo mejor,—nos dice con su voz cascada, lenta y mimosa.

Lo mejor son los cuadros, las estátuas, los objetos suntuarios de lejanas épocas, reunidos en las habitaciones. Entre los lienzos, figuran una Virgen de Palma el Viejo y una hermosísima figura de mujer, de Albano. Hay también obras admirables de la escuela francesa, primorosos traba-

jos de ebanistería y marquetería, productos de un exotismo pintoresco en cuya selección y colocación se hace patente el buen gusto de sus poseedores.

El conjunto, sin embargo, visto de prisa, me causó una impresión de *pêle mête* artístico, de exhibición de bazar, confusa y deslumbradora; pero es que me faltó tiempo para separar, distinguir y analizar los componentes.

—Todavía no han visto Vds. lo mejor, —agrega el antiguo cónsul. Y nos muestra un reloj monumental que perteneció á la reina Ana de Inglaterra.

¡Cuántas horas habrá marcado!

—Lo mejor, —decimos nosotros al despedirnos del barón y de la baronesa, dama venerable de señorial aspecto, —lo mejor aquí es la amabilidad de los dueños de tanta belleza y riqueza.

—No, todavía no han visto Vds. lo mejor, — responde él, con su voz de niño viejo, lenta y mimosa.

Cómo era tarde y temíamos abusar, nos quedamos sin ver lo mejor. Pero lo que vimos nos pareció excelente.

Las bcdas de Camacho

I

Bajábamos hacia el valle de Guerra en una mañana clara y apacible, besados suavemente por una brisa acariciadora. Los campos laguneros empezaban á desnudarse de su vestidura estival y respirábamos al atravesarlos esa melancolía dulce, indefinible, que anuncia el invierno como un preludio quejumbroso de una ópera trágica, si bien en estos blandos climas no puede ser exacta esta comparación. De cualquier modo, era verdad que nos sonreía cautivándonos un día tibio y adorable de fines de Septiembre.

Nada conmueve y regocija tanto los espíritus un poco afinados por la cultura,

como estas inmersiones repentinas en la naturaleza, de la cual extraen, virgen, la miel del placer estético. ¡Oh, con qué delectación *pagana* la libábamos en amplias, febriles aspiraciones!

En la partida gozosa hay entusiastas de la belleza natural, temperamentos artísticos que, apenas recibida la sensación, saben convertirla en idea, en *material* aprovechable para obras de ingenio. Vuela la fantasía á tejer entre el bosque sus mágicas redes con reflejos invisibles del oro de la inteligencia; se posa temblando en los pámpanos amarillentos y evoca las sombras de los zagales y zagalas clásicos; va monte arriba en demanda de la pureza luminosa de la cumbre para bañar en ella sus alas, y no se fatiga de correr, subir, bajar, esconderse y descarriarse. Vuelta de sus travesuras locas, encuentra más estrecha que antes la prosáica caja del coche, y se escapa de nuevo sin que podamos detenerla. Ya no nos pertenece: como si estuviese fuera de nosotros, en el ambiente halagador, en los elementos dominantes pero propicios, la imaginación de todos se esparce y flota... Somos comparas satisfechos de un gran poema pastoral.

El Valle de Guerra se desarrolla como

una inmensa alfombra verde cortada á trozos por espaciados caseríos; el mar, allá en el fondo, le pone una orla azul. Y he aquí que, mientras nuestras miradas se tienden perezosas y distraídas sobre la campiña jocunda viendo tras el cuadro real el cuadro imaginario que la fantasía se complace en trazar con restos de lejanas impresiones artificiales, por un sendero adelante avanza un vistoso grupo.

Una bizarra pareja lo abre. Luego viene una comitiva heterogénea y bulliciosa que ríe y canta, esparciendo granos de la generosa sal de la alegría sobre la dicha de unos bien auspiciados desposorios.

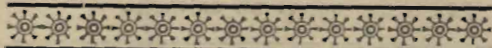
Es el cortejo de Himeneo. Aquella boda en medio de los campos, saludada por el sol que sube, ungida por los perfumes agrestes transportados en alas de las brisas juguetonas que revuelven las cabelleras de los árbo'es, nos hace replegarnos en nuestro paganismo circunstancial, producto de la sugestión de un momento.

Los novios pasan, y aunque son gentes rústicas y no de muy buen ver, nos parecen gentiles desposados, como pareció á don Quijote repulida dama la aldeana tosca y fosca á quién trasladó su locura

las partes perfectas y prendas inestimables de su soñada Dulcinea.

Invitados á los regocijos nupciales, aceptamos llenos de satisfacción. Encima hubiéramos pagado gustosos, si nos hubieran exigido escote, porque preveíamos, y no nos equivocábamos al preverlo, una fiesta esplendísimá.

Entramos en la sala del banquete y del baile haciendo profundas zalemas.



XIII

Las bodas de Camacho

II

Nuestra entrada en escena aumentó el interés del espectáculo, que ya era regocijadísimo. El coro de las nupcias, animado con el vino generoso de la madrina, nos acogió cantándonos al son de guitarras destempladas una marcha triunfal. Voces benévolas nos echaron coplas, á las cuales correspondió Crosita con improvisaciones picarescas. Algunos, sin embargo, había en el concurso que nos miraban de reojo. Y se oyó esta insinuación aguda que venía á resumir las suspicacias del mayor número:

— Son *políticos* de Santa Cruz, que andan buscando votos.

¡Oh, poder adivinador de la recelosa gente campesinal! Desde aquel momento procuramos tomar, aunque sin conseguirlo, un aspecto grave cual correspondía á nuestra supuesta misión de cazadores de sufragios. Y era de ver el entono solemne y la magestuosa actitud con que dimos vuelta á la sala, mirados y admirados por la escogida concurrencia.

Pero la *pose* de hombres serios, cuándo en el cuerpo todo nos retozaba la risa, llegó á hacérsenos violenta. La abandonamos para brindar gózosamente por los desposados, que en medio de la nupcial algazara se arrullaban cómo una pareja de tórtolos excitados por la perspectiva del cercano nido, caliente é intacto.

Tendiéonos la madrina una repleta cantimplora, y las mozas más agraciadas de la reunión nos escanciaron el vino de los desposorios, del cual podía decirse que era impuro pero inofensivo. Tenía poca fuerza *ascensional*, subía lentamente haciendo cosquillas, provocando muecas, desatando las lenguas en charla inagotable. La asamblea ruidosa sentía ya sin duda sus efectos: parecía sentirlos hasta el candil histórico que desde lo alto de una mesa, histórica también, alumbraba el

cuadro con las oscilaciones de su llama ebria.

¡Curiosa y extraña joya el tal reverbero! Objeto de museo perdido en la campiña de Tenerife, nos recordaba otros parecidos que en los dramas de costumbres medioevales suelen alumbrar escenas de violencia y horror. La sala sumida en penumbra, los semblantes bañados por reflejos amarillos, el ir y venir de las parejas como sombras, traían á la mente aquellos recuerdos con visos de realidad. Por un instante creímos sentir pasar sobre nosotros el soplo helado de la tragedia.

Pero de pronto, la realidad *real* nos llamó y nos detuvo. Una voz agria advirtiónos secamente:—Podían mirar donde pisan los señoritos, que me han deshecho un callo.

Era la novia. ¡Oh, cielos, qué desencanto! A dos dedos del tálamo, al punto mismo de depositar su velo misterioso en las aras de Himeneo, se permitía tener callos! Y lo decía, la desgraciada!

El novio nos lanzó una mirada furibunda. Para desagraviar á todos, propuse yo que improvisara Crosa un discurso epitalámico.

Crosa estuvo magnífico de inspiración;

pero no le dejaron pasar de las primeras frases en que invocaba los auxilios del pedicuro, gran protector de las novias con callos.

—¿Pedi...qué?—gritaron indignadísimos varios mocetones, más ebrios que la llama del reverbero histórico. Eso ya es faltar demasiado. No aguantamos el insulto.

Sólo el vino de la boda logró persuadirles de que el vocablo no era insultante, ni nosotros personas capaces de insultar á nadie, si antes no éramos insultados.

—Verán Vds.—les dije yo intentando una explicación ingeniosa, —pedicuro quiere significar y significa efectivamente un dios griego, muy amigo de los que se desposan....

—¿Griego?—vociferó uno, lleno de escama; eso me suena peor que lo otro. *Ajoto* que son gentes de colegio y de escritura, quieren Vds. *gatuperiarnos*...

—Amigo, aquí no hay *gatuperio*, ni cosa tal. Dígole y afirmole que eso del pedicuro no tiene malicia. Nosotros respetamos los pies del prójimo, y no volveremos á pisar ningún callo; pero déjenos, déjenos continuar nuestro epitalamio...

—¿Espítamalo?... pero que demonios de lengua es ésta? O hablan sus mercedes

cómo buenos cristianos, ó les trataremos cómo á herejes...

—Está bien,—concluí; quédense en paz el pedicuro, los griegos y las excrecencias de la gentil desposada...

—¿Indecencias de la desastrada? ¡A la calle ahora mismo! Ellos serán los indecentes!

Comprendí que sería inútil intentar un nuevo esfuerzo de elocuencia. Mas que escapar huímos, bajo una lluvia de amenazas, reconociendo á gritos que así como se ha hecho la miel para la boca del asno, no se han hecho las palabras finas para oídos toscos ni para entendederas cortas.

(NOTA. Del anterior relato, solamente es verdad lo de la boda y lo del vino impuro aunque inofensivo. Lo demás es imaginado; pero puede suceder y sucede en nuestros campos. Y las cosas posibles no son del todo imaginarias.)



XIV

San Diego del Monte

Merece ser visitado San Diego del Monte, donde en otro tiempo tuvo su nido de sombras una comunidad que ha dejado en aquel sitio umbroso y plácido nombre y recuerdo perdurables.

Eran cómo los guardianes de La Laguna aquellos buenos frailes apostados en un punto místicamente estratégico desde el cual agitaban en dirección de la ciudad sus incensarios y le enviaban sus preces. Una inmensa casa de oración debía ser toda La Laguna entonces, con sus conventos escalonados é idealmente comunicados cual estaciones para el viaje al cielo.

Todavía hoy guarda la vieja ciudad encantadora su aspecto levítico, á despe-

cho del tranvía eléctrico que la atraviesa y de los progresos múltiples que poco á poco la van transformando. Su modernización será obra lenta que habrá de robarle los rasgos más simpáticos y más nobles de su fisonomía. Me agrada mucho tal como se conserva, conquistada á medias por el movimiento de los tiempos, grave y recogida al abrigo de sus campanarios cuyas lenguas de bronce nunca callan. Reina en sus calles, de ordinario, un silencio claustral; un ambiente de reposo y de meditación lo envuelve todo, y la piedra de la fachada de las casas heráldicas refleja la melancolía suprema de las cosas que fueron. Hundida en el pasado, la Laguna comienza hoy á emerger, sacudiendo su manto de recuerdos augustos.

La subida á San Diego es grata, porque se va entre verduras suntuosas y entre sanos aromas campestres. Aun permanece en pie un resto de la antigua construcción monástica é intacta queda la ermita, llena de singulares vestigios. Allí me mostraron sobre un labrado sepulcro la efigie en mármol del fundador, piadoso hidalgo de antaño.

Pero lo más curioso es la historia ilus-

trada de un lego que hubo en el convento, famoso por su santidad y por sus obras taumatúrgicas. El lego, cuyo nombre no recuerdo ni hace al caso, llegó á verse asistido de tanto poder divino, que operaba milagros; verdaderos, auténticos y descomunales milagros. Los operaba en sí mismo y en los demás, en los racionales y en los irracionales. Una vez resucitó á un pollino. Otra vez arrebatóle un desaforadísimo diablo y cuándo ambos estuvieron en las más encumbradas regiones del aire, le dejó caer ó se le escapó de entre las garras. Cayó Fray Juan (creo que así se nombraba el leguito) y se rompió la espina dorsal; pero por la gracia de Dios que nunca dejó de asistirle, pronto volvió á encontrarse sano, derecho y rozagante. Que no se hubiera hecho tortilla al caer era ya milagro calificado.

Estos y otros portentos han sido perpetuados en estampas de una ejecución seriáficamente candorosa, sin más colores que el gris y el negro; pero cómo hay en ellas don sobrenatural, no obstante su burda sencillez, convencen. ¡Qué mano de santo debía de tener el lego para todo!

Al olor de sus virtudes, las gentes acu-

dian esperanzadas é importunas. Pedíanle remedio á las tribulaciones, alivio á los pesares, satisfacción á las mundanas ambiciones; y él, dadivoso de los bienes que el cielo por su mediación trasmitía á la precaria grey humana, no se cansaba de curar, consolar, reparar, satisfacer. Ibanle en súplica para que la próxima cosecha fuese abundante, y las mieses reventaban en espléndida granazón; le demandaban el agua, y llovía; tomábanle cómo intercesor á fin de que la paz volviese á reinar en las familias desavenidas, y volvía la paz; le rogaban que mirase por la prole ó que hiciese de manera que tornara al conyugal redil un marido descarriado, y la prole crecía lozana, y el marido en extravío tornaba sumiso y tierno. De estos prodigios, y aun de otros mayores, obró muchos Fray Juan.

¡Qué falta nos hacen hoy hombres así, en quienes floreciera mil veces el milagro, no para creer, que la fé verdadera no necesita estímulo, sino para aligerar con celestes dádivas y bendiciones la carga de la vida!

Aun está en pié la celda del leguito. Las paredes, cubiertas de inscripciones, algunas harto irreverentes, desvían la ima

ginación del rumbo glorioso que el recuerdo de tantas maravillas la hace seguir; y cuándo se considera que en tan estrecho recinto tuvo albergue tanta beatitud y tanta potencia milagrera, el ánimo del visitante se anonada y se confunde. ¿Por qué se habrá extinguido para siempre la casta maravillosa de los legos que resucitaban pollinos? En un lienzo comido por el tiempo, campea, apenas discernible, la imagen de Fray Juan. Era muy feo, cómo casi todos los Santos.

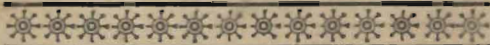
.

En la época en que el convento de San Diego se hallaba en su mayor auge, las tierras bajas que rodean la antigua ciudad de San Cristóbal estaban anegadas y formaban un extenso lago. De ahí la denominación que aquélla lleva desde su origen.

Los frailes de San Diego atravesaban la laguna en barcas. Hábiles remeros, cruzaban las aguas cenagosas, imagen del mundo corrompido que la mística pinta y maldice, precaviendo contra sus riesgos innumerables al pecador. Serían de ver

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2008

los buenos religiosos en la tarea de conducir sus embarcaciones á través del reducido piélago, arremangados los hábitos, aferrados al remo los brazos nervudos, expertos en manejar el timón de la nave de Dios....



El Instituto

La Laguna hace valer con especial predilección su título de ciudad académica, cabeza en este sentido del Archipiélago por haber educado generaciones de canarios que han brillado y sobresalido en altas esferas. Allí radicó la Universidad de San Fernando, cuyo restablecimiento se ha solicitado en vano de los gobiernos. Allí estuvo la Meca estudiantil hasta que, consumada una descentralización relativa por los últimos planes escolares, ha dejado de serlo; pero sigue siendo la gran sede de la enseñanza en Canarias.

Tiene mucho de venerable el Instituto en su vejez, como las cosas todas de la Laguna. Los que hemos cruzado sus claustros, siquiera haya sido accidentalmente,

tornamos á ellos en las horas serenas de las meditaciones profundas. Hay rincón-citos familiares, escondrijos amados, hacia los cuales se nos escapa, indómito, el pensamiento cuando nos ponemos á pensar en lo que fué, en lo que pasó... Cada discípulo se deja un pedazo no pequeño de su propio ser en los lugares donde percibió tembloroso las primeras revelaciones, donde sintió que se le acercaba ese algo formidable, espanto del hombre antes de serlo: la ciencia, el deber, el porvenir, la vida... ¡Las almas de los estudiantes vuelven llevadas por la querencia al aula é idolatran de viejas conscientemente lo que de jóvenes amaron por instinto! Los maestros, por ley de moral simpatía, han de sentir llegar las sublimes golondrinas que no se sabe cuándo se van ni cuándo regresan, pero que peregrinan sin descanso, sucediéndose al azar de las fugas espirituales, yendo y viniendo... En las bóvedas del Instituto habrá siempre misteriosos revoloteos de esas almas emigradoras.

El Instituto se ha transformado en los últimos años, bajo la dirección activa y revolucionaria del Sr. Cabrera Pinto. Digo revolucionaria para manifestar con exactitud energética el carácter de las re-

formas que aquel establecimiento docente ha sufrido. Entró en él la revolución, y le ha dado una faz nueva, rehecha y vistosa. Ya las almas emigradoras, á que acabo de referirme echan de menos el espíritu de la añeja tradición, desalojada. La tradición es bella por sí misma: si la matamos nos herimos en lo más delicado de alguna fibra interna. Pero las cosas marchan, cambian y se renuevan, aún allí donde parece que están perpétuamente inmóviles.

Hoy el Instituto se nos muestra modernizado. Ha sacudido el polvo de los años, y sonríe á la nueva estudiantina que llena sus patios y sus salones con el canto matinal de la adolescencia. La limpieza, la higiene, el orden, la comodidad, el buen ornato, han cambiado el aspecto del vetusto templo de la enseñanza. Más todavía: ni vetusto aparece, por que esas modificaciones y reformas le han dado una segunda juventud. Los edificios, como los individuos, se remozan aliñándose, acicalándose, adornándose. El Instituto de la Laguna, vivificado y embellecido, dirías que espera la resurrección de sus días gloriosos.

En la plazoleta se ha formado un lindo parterre, circuido de una verja elegante;

el frontispicio luce pintura fresca de tono obscuro con cuadrados blancos en rayas menudas. Desde que se traspasa la puerta monumental, empieza á notarse la huella de la mano reformadora de Cabrera Pinto por todas partes. El salón de actos ha sido ensanchado, decorado con gusto sencillo y severo; las aulas relumbran de aseo minucioso, la biblioteca ostenta sus treinta mil volúmenes en una ordenación perfecta, y se ofrece á los visitantes como un vasto arsenal de cultura, el primero de Canarias. En el menor detalle se echa de ver la ilustrada diligencia y ardiente solicitud del hombre que ha hecho en el Instituto la revolución. Hasta los alumnos que recorren en bandadas bullidoras los claustros y los jardines, creo yo que se sienten más jóvenes en aquel ambiente renovado y puro.



XVI

Los obreros

Los obreros de Santa Cruz, organizados para las grandes luchas en que les será forzoso intervenir, constituyen hoy una milicia social nutrida y respetable. Forman una masa corporativa que se mueve al impulso de los ideales, sabiendo bien adonde va, lo que se propone y lo que le conviene hacer. Tardíamente, pero con firmeza, la conciencia de clase se ha revelado en ellos, y se ha hecho fuerte. Unidos por los vínculos de la más estrecha solidaridad, marchan a la descubierta, y ya se han batido en diversos encuentros con el capitalismo y con la tiranía de los patronos.

Este despertar del proletariado a los requerimientos de su destino debe mencio-

narse entre los mayores progresos logrados por Tenerife en los últimos años. Los trabajadores avanzan, ganando terreno; estaban dispersos, y se han sumado; eran débiles, y se han fortalecido mediante la unión. Tienen un credo y una enseña. ¿Qué les falta para acabar de imponerse?

Mantener las condiciones en que se han constituido, y persistir en la propaganda por los medios numerosos que se hallan á su alcance. Han recurrido á la huelga sin resultado aparente; pero es indiscutible que con establecer el procedimiento por primera vez en el país, con haber hecho sentir la fuerza de su organización, con permanecer compactos y vigorosos después de las pruebas adversas que han sufrido, su causa se acredita y el día de su triunfo se acerca. Esa resistencia probada, esa inflexibilidad reconocida, vale por los laureles de muchas victorias, porque prometen para pronto el éxito. Vencen las nobles causas cuando la perseverancia, cimentada en una convicción inquebrantable, las sostiene contra viento y marea.

Al ponerme en contacto de los obreros de Santa Cruz, me ha sido dado apreciar

lo sólido de su constitución, lo elevado de su nivel intelectual, lo valioso de sus elementos directivos. No cabe duda que esa clase, bien conducida, se encaminará al logro de sus legítimas aspiraciones y podrá convertirse en factor decisivo para la transformación de la sociedad canaria. Son tropas de refresco que, alentadas y ardorosas, sin la impedimenta moral de las derrotas repetidas, vienen del horizonte enlutado por el duelo de nuestras decepciones hacia el horizonte sereno que nuestras esperanzas tiñen de rosa. No se han manchado de fango en las tierras bajas y pantanosas de la política. Al contrario, su instinto claro-vidente les dice que en esa dirección están para ellos el enemigo y el peligro.

Resueltos á esquivarlos, se limitan á cultivar, mejorar y ensanchar su heredad, sin hacer incursiones en otros campos, mucho ménos en aquéllos de aprovechamiento común donde el inmoral caciquismo, planta maldita, brota y medra absorbiendo el jugo de los sufridos pueblos. Con esta condición, los obreros de Santa Cruz, llegarán á pesar mucho en los destinos de la isla hermana; serán verdaderamente el cuarto estado, pero no un esta-

do fluido, sino un estado *sólido*. Tendrán personalidad *política*, aunque en la política no se entremetan, y lograrán al cabo las reivindicaciones que persiguen.

De ello es prenda segura la armonía que les mantiene asociados para trabajar por sí mismos, por su causa, por sus principios é ideas, mientras en torno de ellos se continúa y llega al frenesí, el desvergonzado *cake-walk* de políticos y caciques.

¡Qué diferencia respecto de los obreros de Gran Canaria! Estos, por causas que no me cumple analizar aquí,⁽¹⁾ han realizado la misma obra á la inversa: se organizaron, y luego se desorganizaron y dispersaron como un ejército disuelto antes de entrar en batalla. Van ahora deshechos y entristecidos, sin guía, sin rumbo, sin saber que hacer de las armas inútiles ni donde depositar la plegada bandera....

(1) He de analizarlas algún día. Precisamente ahora anuncian su propósito de reorganizarse.

Santa-Cruz

La capital de Canarias ha progresado mucho en los últimos quince años. Lo mismo que Las Palmas, en Gran Canaria, constituye Santa Cruz, en Tenerife, el resúmen y el índice de los adelantos de aquella isla. Se ha duplicado su población, se ha renovado en gran parte su caserío, aunque todavía el rojo coralino de las tejas brilla en muchas techumbres. No perjudica este detalle á la visualidad, antes la alegra y entona por el contraste con el blanco deslumbrador de las construcciones modernas.

El aspecto de la ciudad, cuya perspectiva difiere de la de Las Palmas, es bonito. Las Palmas, aprisionada en estrecha faja de terreno, no pudo en ella acomodo-

darse, y ha trepado risco arriba, en un desórden, en un desparramamiento que da aspecto pintoresco é irregular á sus suburbios. Santa Cruz, desarrollada y extendida en un espacio más libre, se ha estirado con mayor holgura; pero una y otra ciudades conservan, á pesar de su creciente *europización* —empleemos la palabra, puesto que está de moda,— aquél carácter moruno que siempre se les atribuyó. Débenlo, más que á su traza, en mi sentir, á las condiciones del paisaje circundante. Las peladas rocas de Anaga que encajonan á Santa Cruz, los cerros y los campos polvorosos que ciñen á Las Palmas, desde la primera ojeada evocan el recuerdo de las tierras arábicas y marroquíes, en quienes han visto Arabia y Marruecos. ¡Pero cuánta diferencia se advierte, y qué grata sorpresa se experimenta luego, si se avanza en el interior de ambas islas! La primera impresión queda borrada del todo, rectificadas; á cada paso que se dé en el terreno accidentadísimo, una belleza, una seducción surge ante los ojos.

Pero no es necesario internarse para notar señas inequívocas del progreso del país. Las influencias encontradas del cos-

mopolitismo le han dado una fisonomía característica, en la cual se suman innumerables rasgos. Lo típico, lo castizo, lo indígena se va á gran prisa. En cambio, se acumulan elementos de vitalidad y energía que determinarán, andando el tiempo, una magnífica resultante. No en vano pasan sobre el Archipiélago Canario, receptor maravilloso, todas las corrientes de la civilización.

Santa Cruz y Las Palmas recogen y concentran tales corrientes, las cuales, por desventura, no llegan hasta los puntos extremos de la red de islas. Esa retención explica el porqué, habiendo en Las Palmas y Santa Cruz tanto calor vital, hay en muchos puntos de Tenerife y Gran Canaria frío é inercia.

No me propongo hacer comparaciones. Lo que me importa es dejar constancia en este capítulo de los progresos evidentes y notables que ha cumplido Santa Cruz. Tiene instituciones modelo, cómo sus hospitales; edificios hermosos cómo la Capitanía General, Santa Cecilia, el Palacio de Justicia y el Hotel Británico, entre otros; barrios de ensanche elegantes é higiénicos, donde el sello europeo, el modernismo de buen gusto, dan una nota bella

Algunas de esas recién abiertas calles, con su doble fila de lindos hotelitos, son preciosas. ¡Lástima que la acción municipal, allá como aquí, por deficiencia de medios ó por otras causas, haya tenido y tenga tan pequeña parte en el desarrollo y las mejoras de las dos poblaciones! Si la asociación en grande escala del capital privado la supliera, ¡cuántas maravillas se podrían realizar en poco tiempo! ¡Qué avance podría imprimir á pueblos en pleno crecimiento, jóvenes, laboriosos y fuertes! Pero no se despierta de su modorra el espíritu isleño, marroquí por su indolencia, como el aspecto de nuestras ciudades, aunque la actividad creadora del extranjero lo excita y lo sacude...

Para fines menos positivos sí que se manifiesta en Santa Cruz, poderosa y eficaz, la tendencia á la asociación. Son en crecido número los centros sociales que viven, funcionan y se robustecen en su seno. Desde el Club Tinerfeño al Ate-neo, y desde la Benéfica á la X, cuéntase una serie de sociedades aplicadas á distintos objetos, mantenedoras y promovedoras de una animación muy viva. Son también, en sus respectivas esferas, agen-

tes de progreso; y contribuyen á despertar estímulos que se traducen en obras útiles. Debemos reconocerlas como un síntoma progresivo que, agregado á la intensidad de la vida social, caracteriza á Santa Cruz. (1)

(1) El desarrollo y movimiento de Las Palmas, verdaderamente asombrosos, tendrán su capítulo en otro libro.

JUEGOS FLORALES EN LA OCTAVA

1901

(IMPRESIONES Y PECUERDOS)



XVIII

Mayo ⁽¹⁾

Mayo, mes poético, bucólico por excelencia, mes de los idilios, mes de las flores, ¿cómo poder cantarte? Divino Floreal, ¿cómo poder decir lo que tú eres en palabras, si eres un himno y para interpretar-lo el humano lenguaje carece de armonía?

Eres un himno que del seno de la creación se alza á los cielos, himno concertado y suave, donde cada cosa, cada ser pone su nota. Entran en ese himno desde las pintadas alas de la mariposa inquieta hasta el arrullo de amor que estremece el nido; desde el canto del campesino rebosando

(1) Este canto á Mayo, publicado en el Almanaque del "Diario de Las Palmas", me servirá de introducción á la segunda parte del presente libro, en que relato impresiones de los Juegos Florales celebrados en la Orotava, y de un viaje por Tenerife en plena primavera.

alegría, hasta la pincelada de carmín con que el pintor supremo engalana el horizonte á la hora del ocaso; desde el incienso de las rosas hasta el blando quejido de las olas, cautivadas también y sometidas al ritmo universal. Himno que se eleva en sonido, en matices, en aromas, en destellos, en palpitaciones y en ideas como una ofrenda gigante; himno que es una especie de *oración por todos*, oración pagana, letanía gentilica para ser cantada en el caramillo del Dios Pan.

La naturaleza es templo, el sol hostia, palio el cielo, ara de sacrificio la extensión de los campos cubiertos con el maravilloso tapiz bordado de la primavera... No cesan de llover pétalos en este largo luminoso día de la Ascensión.

Divino Floreal, eres Pascua, eres Himeneo. La Naturaleza aparece como una desposada, ceñida de guirnaldas, temblorosa y anhelante: va á celebrar sus nupcias con el sol, con ese eterno renovador de la vida, bodas periódicas que alegran y fecundan al universo. Sírvle de velo las nubes de tus albas gloriosas, de diadema tus claras estrellas engarzadas en constelaciones cuyo brillo aumentan tus azuladas transparencias.

El estremecimiento que llega desde los nidos hasta los surcos es una promesa de fecundidad. Divino Floreal, eres la florecencia, como Thermidor será la madurez, como Vendimiario será el fruto. En ti se dan las primeras ansias, ansias indescribibles, del amor que reproduce las formas y provee los mundos; del amor, *alma mater*.

El santo misterio celébrase en todos los santuarios de la Naturaleza. Revuelos, trinos, arrullos, quejas, cantos, aletazos, besos, gemidos, lo acompañan, lo riman. La brisa que lleva el polen, trae las plumas caídas de los nidos; los duos de las parejas acopladas estallan entre el follaje, la expansión vital conmueve la tierra, un aliento omnipotente parece agitar no sólo los cuerpos, sino también las almas. ¡Oh divino Floreal, divino Floreal!

La paleta inmensa de la Naturaleza renueva sus colores. El mar vuelve á ser azul, el campo verde, el firmamento tornasolado; los crepúsculos se prolongan y esfuman en lontananzas inverosímiles; los árboles que el invierno convirtió en esqueletos, se visten de lozanía, las flores se abren como bocas pidiendo besos... ¡Divino Floreal, eres Renacimiento, eres

Pascua, eres Himeneo! ¡Eres un largo luminoso día de la Ascención, durante el cual no cesan de llover pétalos! Lo que asciende es la savia, es el amor...

Bañémonos en los manantiales de la vida que se renuevan. ¡Ay! se renueva todo, todo, menos la esperanza. Esa ave celestial no volverá nunca al nido vacío de mi corazón. ¡Traémela, traémela, divino Floreal!

Buen camino

Al anunciarse la celebración de los Juegos Florales en la Orotava en Junio del 901, me entusiasmó el proyecto y escribí en la prensa de Las Palmas, para recomendarlo, los dos artículos siguientes:

¿Donde están los poetas? ¿Servirá ese concurso para que se revelen? ¿Irán allá con sus lirás adornadas de flores, llevando por dama á la Belleza y por nuncio al Amor?

Yo no sé de donde podrán salir los nuevos bardos de la gente nueva; pero sé que los antiguos ya *la colgaron* de los tristes sauces, y quizás hicieron bien en colgarla. ¡Buenos están los tiempos para poesía, en gracia de Dios! Ya no hay ideales nobles, ya no hay pasiones *estéticas*, ya

no hay creyentes, ya no hay enamorados.

Los *felibres* son los últimos caballeros de una caballería que pasó. La conmovedora ceremonia del *Pré Catalan* es el fin de un culto. ¡Y nosotros, pobres canarios, queremos tener, como quién no dice nada poesía, y, por añadidura, poesía regional!

Vamos á ver eso; yo quiero verlo. ¡Quién sabe si de entre las rosas que Primavera ha engendrado y encendido con su soplo los esperados trovadores se alzarán!

Pero reparo en que esto que diciendo voy, es poesía, ó se le parece mucho; poesía aunque trasnochada. Vaya, vaya, el contagio se dá en mí.

Id, poetas. Manos blancas, *que no ofenden* cuando pegan y abren el cielo cuando acarician, os llaman para coronaros de laurel y de mirto. Hermosa corona, más ligera, más apetecible que la de hierro de Carlo-Magno, porque la trae y la pone una mujer.

Id, poetas. Yo os garantizo que hay poesía. *Mientras exista una mujer hermosa...*, lo dijo uno de vosotros, que se murió de tanto amar.

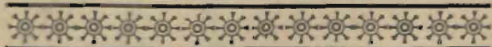
Y el mismo dijo: *poesia eres tú...* Y dijo otro: *¡amor, divino amor, alma del mundo!...* Y otro, grande entre los grandes: *la hez divina del amor humano...*

Y canta Fausto en la ópera de Boito, al punto extremo del morir: *forma ideal, purísima, de la belleza eterna...*

Indudablemente, hay amor; indudablemente, hay poesía.

¿Pero habrá poetas? Id, y probadlo. Yo lo dudo, tal vez porque yo soy la perpétua duda. (1)

(1) No se revelaron en los Juegos Florales nuevos poetas; pero los ya conocidos, Zerolo, Tabares Bartel, Rodríguez Figueroa, confirmaron en aquel certamen su justa reputación. Y, como ensayo, como primera prueba, el certamen fue un éxito. ¡Lastima que no se haya repetido!



XX

Llamamiento

Ya está próxima la celebración de los Juegos Florales con que la Orotava, en su valle risueño, verdadero paraíso terrenal, invita á los amadores de la poesía. Ya poco tardará en abrirse el palenque donde gallardos campeones de las letras van á medir sus fuerzas, á justar por la belleza, por el arte, por las grande ideas ennobecedoras.

Cercano, pues, ese señalado día, la ocasión me parece oportuna para hacer un último llamamiento á los que pueden y deben concurrir al florido certámen llevándole el realce de su presencia, si antes no le llevaron el concurso de sus obras. No sólo una gran fiesta literaria será esa fiesta, sino además una fiesta grandísima

de con fraternidad y de concordia, una fiesta de cariño y de paz en que por vez primera, después de mucho tiempo, aparecerán unidos los canarios en un mismo culto espiritual, en un mismo culto purificador.

Los Juegos Florales para nosotros significan esto, aunque también expresen, con arreglo á su tradición constante, un auto de fé en el ideal inextinguible, una renovación del fuego sagrado. Tras el aspecto artístico hay que buscar otro aspecto de mayor importancia y eficacia práctica en la hermosa festividad caballeresca. En el terreno neutral literario, los que ya han empezado á conocerse y amarse, acabarán su conocimiento y acrecentarán su amor. La política no ha de entrar allí como medianera que vende por buenos sus malos oficios: á la puerta ha de quedarse como una excomulgada rendida bajo el peso de merecidísimas maldiciones.

Y tan sólo sentimientos nobles, pensamientos generosos cambiaremos, cuyo aroma ahogará el perfume embriagador de las flores del Valle. La obra de salvación emprendida por los elementos intelectuales de Canarias tendrá remate, y

ese remate será luminoso, será bien hallado, será feliz.

Unión, armonía, solidaridad; reconocimiento del verdadero regionalismo, del regionalismo sano y discreto consistente en la afirmación enérgica de nuestros modos de ser particulares, dentro de la gran afirmación nacional, programa patriótico de una acción colectiva enderezada al bien común, tales son los beneficios que los Juegos Florales nos prometen, si el espíritu que los ha inspirado preside á su realización y dignamente los corona.

Acudamos á ellos; acudid todos los que estáis en condiciones de empujar con esfuerzos poderosos la obra de salvación.

Alfombras de flores

Acabo de asistir á la procesión de la octava de Córpus en esta deliciosa villa y acabo de ver sus alfombras de flores. Merecen la fama que desde antiguo gozan, constituyendo una singularidad extraordinaria, una especialidad sorprendente. Para fabricarlas, un pueblo entero conviértese en artista, las familias más distinguidas le consagran sus desvelos, y desde mucho antes del jueves solemne en que se exhiben, todo el mundo piensa en ellas. Son la preocupación general de los orotavenses.

A quién, cómo yo, las contempla por primera vez, tienen que parecerle originalísimas, tan originales que creo valdrian ellas solas la pena de un viaje á la Orotava.

va por estos días alegres de Junio para verlas y admirarlas. Arte verdadero, arte delicado, preside á su confección.

La villa encantadora improvisase en inmenso taller de tapicería, donde con las flores del Valle se hacen prodigios que no sabe mi pluma describir. Las floridas alfombras cubren las calles cómo espléndidas alcatifas del más puro estilo: mil caprichos ornamentales, delicadezas, filigranas, atraen y cautivan los ojos. Frente á algunas casas, extiéndense tapices de una magnificencia imperial.

La de Monteverde, entre todas, se distingue por las cualidades artísticas de su obra, por el sello de buen gusto insuperable que le imprime. Cultiva dicha casa una tradición muy hermosa, hermosísima, una nota propia y perfecta; fábrica suntuoso *gobelinos*, de labor maravillosa, que acreditan una maestría de grandes artífices en las damas de esa noble familia cuyas manos de hadas labran tamaños primores.

¡Que preciosidad! No se cansa uno de recrearse en contemplar las combinaciones de colores, las sombras, el claro-oscuro, los contornos, la composición y perspectiva del cuadro, porque un verda-

dero cuadro es aquéllo, un cuadro donde hay matices y perfumes, un cuadro donde los pétalos olorosos, hábilmente dispuestos, imitan el trabajo del pincel.

Este año, según he oído decir, las alfombras no han sido tan numerosas, tan ricas ni tan bellas como en años anteriores; pero yo, que por primera vez las he visto, las he encontrado admirables.

Delante de la citada casa de Monteverde estaba la que podríamos llamar alfombra del Trono, alfombra de honor, alfombra magna, alfombra digna del Altísimo. Cuando quedó deshecha al paso de la procesión, parecióme que un tesoro de arte había sido profanado.

Otra ví, representando á Santiago Apóstol sobre su blanco corcel con asombroso lujo de detalles, también de grandísimo mérito; y otras muchas que figuraban dibujos muy lindos, orlas, cenefas, ramilletes, cruces, gran variedad de objetos y de adornos, todas esmeradamente ejecutadas.

La gente entra y sale con completa libertad en las casas para mirar las alfombras desde lo alto. Yo también entro, salgo, miro, encantado de tan peregrina costumbre, que me deja entrever *interiores sun-*

tuosos, confortables, de las viejas familias patricias. Buen golpe de campesinos del Valle ha afluído á la villa, con ocasión de las fiestas. ¡Pasan cómo un inmenso ganado en fuga y en desórden sobre las alfombras, pisoteándolas, destruyéndolas, aventando sus partículas bien olientes!

Detrás de la Custodia que brilla deslumbradora sobre la multitud arrodillada, el tributo de la cien mil flores del Valle se deshace en polvo multicolor... La Villa es un inmenso pebetero, una flor monstruosa que se ofrece al Dios de las misericordias, al Dios de las alturas.

Orotava.

En el Valle

Nada comparable á las puestas de sol, á los deliciosos crepúsculos que se admiran en el Valle de Orotava. Mejor que describirlos fuera pintarlos, pero no hay pintor capaz de trasladar al lienzo con exacta fidelidad tanta belleza. No puede el Arte, aun siendo tan poderoso, robar á la Naturaleza el secreto de este espectáculo sublime. ¿Cómo habían de conseguir los pobres medios expresivos de la pintura semejante traslado, si es la luz, la divina luz en sus más prodigiosos cambiantes, en sus más extraños tonos y reflejos, lo que queremos apropiarnos para reproducirlo?

Ni la palabra ni el pincel alcanzan á operar milagro tan grande, aunque el genio los nueva. Cuando Prometeo quiso robar

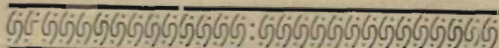
el fuego del cielo, cayó y fué condenado á eterno suplicio. El buitre que interminablemente roe sus entrañas, en las nuestras también hunde su corvo pico. Es la impotencia humana ante lo infinito, ante lo inefable, ante lo absoluto. Es la limitación incorregible de nuestras facultades interiores que no se amplían con cristales de aumento, cómo se amplía y se dilata la visión.

Viendo estoy ahora ponerse el astro soberano tras de este maravilloso circo de montañas, y sin embargo, digo que no le veo; no le veo, porque en vano querría expresar lo que miro y lo que siento. La percepción completa se dá en mí, pero no logro transmitirla: mi alma es una flor que absorbe la luz moribunda y se recoge y se cierra guardándola cómo el tesoro de los tesoros. Así parecen recogerse y cerrarse las flores del Valle, trémulas al recibir los últimos rayos del sol poniente. El sol—perdónese me lo atrevido de la frase,—el sol las hipnotiza.

Una espléndida decoración crepuscular luce sobre el Valle, suave, apagada, matizada caprichosamente. ¡Magnífica policromía del cielo! Las montañas se recortan sobre un fondo amarillo luminoso, que

diríase formado de polvo de oro. Sobre esta áurea faja, un matiz anaranjado se difunde y luego se encienden luces violetas, esmeraldas, ópalos, nácares indescritibles. Destellos perdidos atraviesan las bandas superpuestas de ideales colores, de mágicos tonos, como rayos de la gran corona solar. Las masas de verdura brillan con los diversos colores de este crepúsculo fantástico, y el campo semeja un sueño de poeta materializado. La luz desfalleciente hace juegos kaleidoscópicos en la inmensidad. Los pájaros que vuelan de regreso á los nidos van vogando en claridades violáceas de apoteosis. El azul intenso del mar palidece, y el hotel Taoro con su mole de techumbres rojas, entre la vaga niebla, parece un gigantesco espejismo.

Hora de hechizamiento, de efusión mística. En el silencio religioso de la Naturaleza, mi alma quiere romper su cárcel y volar, como los pájaros de regreso á los nidos.



XXIII

En nombre de la libertad

En medio de esta naturaleza risueña y apacible que nos envía una elocuentísima invitación á la paz, llegan de la madre patria noticias tristes, hablando de desórdenes, de colisiones, de luchas, no por ideales de redención patriótica, sino por enconados odios religiosos.

Cuéstame mucho comprender cómo ocurren y se desarrollan tales sucesos, desde el seno de la tranquilidad paradisíaca en que actualmente vivo. Aquí todo canta la libertad y todo invita al sosiego. Los pacíficos espectáculos del campo alejan por completo de nosotros las ideas de rencor, guerra y ruina; el lejano mar dormido no hace pensar en tormentas ni en naufragios, sino más bien en viajes prós-

peros á riberas venturosas; la canción del labriego es el acompañamiento sonoro del trabajo que fatiga pero no mata. La muerte, el odio, el dolor, ¡cuán lejos parecen estar, aunque siempre estén cerca!

Y he aquí que vienen á despertarme, poniéndome delante una realidad aborrecible, esos aciagos rumores. Todavía se derrama sangre por causa de religión; todavía el hombre arma su brazo contra el hombre por motivos de conciencia; todavía las muchedumbres se levantan en nombre de una creencia para exterminar otra creencia; todavía hay bandos perseguidos, todavía implacables señales rojas, impuestas sobre los que pertenecen á estos últimos, les entregan al furor y á la venganza de sus enemigos.

Para tal viaje no se necesitaban alforas. Estamos donde estábamos cuando se decía: *güelfos y gibelinos*, cuando se decía: *hugonotes y católicos*. Es decir que se concibe la igualdad ante la idea social, pero no se concibe la igualdad ante la idea religiosa. El derecho cesa desde el punto en que el prójimo no piensa lo que nosotros pensamos ni cree lo que nosotros creemos. Las castas suprimidas reaparecen al calor de la intransigencia

excéptica, del libre-pensamiento despótico que á sí propio se atribuye la autoridad necesaria para condenar y perseguir las conciencias católicas, sin conceder á los católicos en cambio una autoridad semejante. Hermanos para todo, á despecho de las mayores diferenciaciones; para todo menos para creer. Se grita ¡sus al católico!, como en un tiempo el católico gritó ¡sus al hugonote!

Pero hay esta diferencia: que el segundo no invocó nunca la libertad para perseguir á su enemigo, y el primero siempre la invoca. Estamos hartos de oír hablar de libertad, con cualquier pretexto ó con cualquier propósito: hasta las más escandalosas farsas políticas quieren sus promovedores, odiosos hipócritas, que las aceptemos como actos libres. De la misma manera pretenden los intolerantes de la extrema izquierda proscribir á los que creen en Cristo y en su Iglesia, sin tomarse siquiera la pena de disimular sus móviles, pero invocando siempre la libertad. La exclamación dolorosa de Madame Roland se me viene á los labios: »¡Libertad, libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!»

No se ataca al clericalismo, que sólo es

una muletilla, un estribillo, una consigna; se ataca pura y simplemente al católico, y la prueba de ello está en que se intenta coartarlo en las manifestaciones externas y pacíficas de su culto. ¿Por qué esta *preferencia*? Por qué no se sigue igual procedimiento con las otras confesiones? Los promovedores de tamaña cruzada han encontrado su fórmula: *Le catholicisme, voilà l'ennemi*, y cada vez que la llevan á la práctica, no para defenderse, sino para ofender, acompañanla de un viva á la libertad.

Lo repito. No comprendo cómo ocurren y se desarrollan tales sucesos, desde el seno de la naturaleza risueña y apacible en que actualmente vivo.

Impresiones

Anoche, vispera de San Pedro, el Valle de Orotava prendió numerosísimas fogatas que le dieron aspecto de colosal retablo adornado y encendido para la celebración de una gran fiesta mística. Las hogueras ardiendo como antorchas y elevando columnas de humo que iban á confundirse con las nubes bajas é inmóviles, levemente clareadas por la luna, alegraban la extensión inmensa, el vasto anfiteatro. Lenguas de fuego parecían lamer las montañas, sobre cuyo fondo misteriosamente obscuro retorciábase y enroscábase.

Al resplandor vivo de los ardientes focos, grupos de campesinos bailaban los aires lánguidos del país, con cadencioso

balanceo, mientras otros prorrumpían en *ajijidos* que voces robustas repetían y el eco prolongaba por el Valle. Las siluetas de los bailarines, súbitamente enrojecidas, tenían una apariencia fantástica, mucho mayor cuando, para poner el colmo á su regocijo, saltaban sobre las llamas, en medio de grande gritería y barahunda. Llegaban hasta mí rumores apagados de cantos y de risas, expresión de un buen humor desbordante que crecía con el movimiento desordenado, con el bailoteo y con la broma. ¡Oh, gentes felices, como os envidio!

Estas veladas de San Pedro y de San Juan, solamente evocan en nosotros, los cansados, los desengañados, recuerdos melancólicos. Para vosotros, en cambio, siguen siendo lo que siempre fueron: no han perdido su encanto ni su poética belleza. Todavía á la claridad rojiza de las fogatas, cantáis, bailáis y esparcís al viento de la noche vuestras ligeras penas. Pero las nuestras son tan pesadas que ni el mismo huracán tendría fuerza para barrerlas. Carne han venido á ser de nuestra carne, sangre de nuestra sangre. ¡Bailad, bailad, campesinos!

Las hogueras alegres, chisporroteantes,

os invitan á la danza. En ellas arden los mejores sarmientos, los troncos más robustos, las ramas tiernas y las verdes hojas. ¡Todo un simbolismo doloroso, que nunca llegaréis á penetrar, por vuestra dicha! Así como se consumen las primicias de la Naturaleza en la hoguera devoradora que ofrecéis á San Pedro y á San Juan, así se consumen las primicias de la vida en la juventud, hoguera también. Así han volado y han desaparecido, convertidas en cenizas, mis ilusiones; pero vosotros, más dichosos, cada año podeis encender vuestra fogata, cada año podéis, en torno del renovado fuego, bailar y cantar.

Seguid bailando y cantando, campesinos del Valle. Mientras trenzáis vuestras danzas paganas, al reflejo y al amor de la violenta lumbre cuyos destellos rojo-sangrientos incendian la montaña, yo medito en las cosas desaparecidas. Los recuerdos me persiguen cómo aves de crepúsculo, encarnizadas y feroces, horribles cínifes. No tengo nada que poner en mi hoguera, porque todo está consumido, extinguido, apagado dentro de mí. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Cuánto tiempo hace que se puso el sol?



Una excursión

La que en buena compañía hice días pasados á San Juan de la Rambla, me dejó impresiones gratísimas. No se dá un paso por la campiña de esta isla de Tenerife, sin encontrar un punto de vista que causa admiración, un paisaje que produce deleite. Los bellos panoramas se suceden, variados y caprichosos, siguiendo las revueltas de los caminos abiertos en el seno de las montañas, suspendidos á veces entre el mar y el monte; las tierras cultivadas, en que se despliega una flora espléndida, van ofreciendo, en sucesión de cuadros que asombra, encantos mil á los ojos. Por donde quiera, el agua, desbordada en sonoros raudales, canta alegría. Sentimos la maternidad de la Naturaleza,

maternidad fecunda, maternidad amorosa, cuyo regazo inmenso por igual á todos nos cobija. Indudablemente, esta maternidad no es una ilusión.

Bajo este cielo benigno, nadie reconocerá á la madrastra desabrida y fría que en otras zonas ménos afortunadas niega al hombre todo auxilio y le presenta, en lugar de senos ubérrimos, pechos exhaustos; nadie reconocerá á la naturaleza enemiga que esteriliza con el hielo ó mata con el rayo, que ahoga los gérmenes vitales en lo fondo del surco y parece casada con la muerte.

Casada está aquí con la vida, con la esplendorosa vida meridional que brota en flores y revienta en frutos, con la vida libre y generosa cuyo ministerio es un eterno producir, un eterno crear. Las brisas, cargadas de perfumes y de gérmenes, pasan como ráfagas de vitalidad; hervores perpetuos de germinación conmueven la tierra haciéndola palpitar estremecida, las rosas se desbordan de las tapias como rostros bonitos que sonrien, tienden sus guirnaldas hasta la playa, suben á las alturas, inciensan la vasta extensión donde reinan su color y su aroma, y cuando se descubre el blanco *velum* con que el cielo de

ordinario se cubre, brilla sobre los campos eternamente florecidos una indescriptible pompa solar.

Mi reciente excursión hasta San Juan de la Rambla me ha mostrado innumerables aspectos de la campiña tinerfeña, cambiante siempre y siempre encantadora. Aquí una llanada sobre la cual cosechas magníficas se tienden; allá un barranco entre cuyo encajonamiento los helechos ostentan sus finas hojas de verde reluciente cuajadas de rocío que desde lo alto mandan los desatados manantiales en una profusa aspersion; más lejos, un picacho erguido y escueto envuelto en finísimos cendales, un sendero empinado que serpentea y se esconde entre húmedas verduras para reaparecer luego y seguir serpenteando montaña arriba ceñido de rosales silvestres; un caserío blanco con su alegre tocado de tejas rojas, un Calvario que llama el caminante para que en medio de la Naturaleza cautivadora se detenga y rece y adore al Dios que la ha creado.

A derecha é izquierda de la carretera, las adelfas se inclinan fatigadas al peso de sus exuberantes flores carmineas, flores enfermas que exhalan un veneno adormecedor, halago y tormento de los sentidos.

cabecean los eucaliptos, agitan las palmeras sus abanicos de palmas en son de triunfo, como si nos hablaran de la gloria en convenientes signos y como si quisieran espantar la mosquée imperante sobre el campo en muchedumbres increíbles. A la derecha, la costa con sus cortaduras bizarras, sus cadenas, sus arrecifes, sus rocas de formas singulares que esmalta y borda la hirviente espuma; una línea durísima, cortada cien veces bruscamente, unida á negros promontorios, seccionada y hendida, socavada por el asalto de las olas tumultuosas. Por todas partes, la canción del agua, ronca en los gemidos del mar, suave y deleitosa en el lamentar dulce de los arroyos despeñados que por entre las grietas de los cerros bajan aprisa en busca del llano, es decir en busca de la paz... Y por todas partes también las ermitas, de cuyas humildes cruces parece desprenderse el perfume místico de las oraciones acumuladas. Y las rosas que, cual si las animase misteriosa vida, parecen buscarse, apiñarse, correr, subir, ofrecernos sus cálices para que depositemos, en homenaje á la Naturaleza creadora, un beso de adoración.



El Dr. Chil

La última de *las cosas* del Dr. Chil ha sido una cosa hermosísima, que bastará para hacer entre nosotros imperecedero su nombre.

Ha legado al Museo Canario su casa-habitación y su bien nutrida biblioteca, queriendo así velar desde Ultra Tumba por la suerte del establecimiento científico á cuya prosperidad consagrara en vida sus mayores afanes y sus más ardientes desvelos.

De esta manera Chil se continúa en el Museo y el Museo se continúa en Chil. La muerte no podía separarlos. El tomó sus disposiciones para que no los separase, y juntos seguirán en lo futuro, como juntos estuvieron en lo pasado. El testa-

mento en que esa perpetua unión se consigna, es, lo repito, una bella *cosa* póstuma del *carísimo hermano*.

¡Y tuvo tantas! Rasgos originales, gallardos, generosos, sorprendentes, patentizan por igual su ingenio y la nobleza de sus sentimientos. Tenía fisonomía propia, que en esas singulares formas se expresaba. Las gentes vulgares, incapaces de comprenderlo, llegaron á decir, sin meterse en averiguaciones: —Cosas del Doctor Chil. Y desde tal instante, el doctor quedó reconocido por una de muestras indiscutibles especialidades, pero no logró entre los que solamente veían las apariencias ser tomado en serio.

Lo serio, sin embargo, estaba en el fondo de su carácter. No había sino buscarlo, explorando, ahondando. Debajo de aquella máscara volteriana, agitábase algo que no encontraba expresión exterior más que en ciertas ocasiones señaladísimas, y que, de ordinario, permanecía oculto. La risa burlona, saltando siempre en los labios de Chil, no lo profanaba. Era el culto de la patria y el culto de la ciencia.

Por la ciencia y por la patria lidió infatigable. El Museo Canario es su gran timbre bajo este doble aspecto. El pueblo,

que supo asociar los dos nombres, lo llamó el *Museo de Chil*. Así merece llamarse, sin ofensa para los demás patricios beneméritos cuya cooperación entusiasta en la magna obra confesamos y agradecemos.

Pero Chil era el último de los briosos sostenedores, y después de haberle dado al Museo su actividad, su inteligencia, dále ahora al morir una buena parte de su fortuna. Le dió, pues, todo lo que pudo darle. Además, Chil lo popularizó. Los pilluelos decían, cuando veían pasar algún tipo excesivamente raro: — *Vamos á llevárselo á D. Gregorio*.

Porque sabían que D. Gregorio andaba siempre á caza de rarezas, de curiosidades para su *Museo*. En esta forma aparecíaseles, como un coleccionador insaciable que nunca acababa de llenar su saco. ¡*Al Museo!* era la frase adoptada por la pillería del arroyo cuando se proponía lanzar sobre alguien la suprema burla. Los raros, los feos, los extravagantes, estaban incluidos en la sentencia.

La figura del Dr. Chil no será con facilidad olvidada. Sus obras patrióticas y sus genialidades asegúranle la perduración en la memoria de sus coterráneos. ¿Cómo olvidar aquella mascarada famosa en que

D. Gregorio hizo de Guanarteme y lucida comitiva guanchesca le siguió por las calles de Las Palmas, postulando para los habitantes de Lanzarote y Fuerteventura, en tiempo de sequía y de miseria semejantes á las que hoy hacen sentir sus rigores sobre las desdichadas islas? Con lo recaudado entonces comenzó á abrirse la carretera que de Chil se nombra y que en los nuevos planos municipales, está llamada á ser el mejor paseo de la ciudad.

Las humoradas de nuestro excelente doctor llenarían un volúmen si se escribieran. Acompañóle la alegría constantemente en su no breve existencia, y le inspiró muchos dichos y hechos agudos y salpimentados. Jamás pasaba por el puente de Verdugo, sin decir á los mozos de cuerda que allí estacionan:—Hermanos, pedid que me muera pronto: un duro se os dará para que me llevéis con cuidado al cementerio.

Esta broma fúnebre ya se ha convertido en realidad.

El Dr. Chil ocupaba un puesto distinguido en las ciencias antropológicas. Sus estudios sobre las islas Canarias, aunque inconclusos y deficientes, merecen estimación. Era muy conocido en Francia, don-

de su nombre aparecía con frecuencia en los periódicos científicos. Presidió un Congreso de Antropología, compartiendo semejante honor con el insigne Broca. Cuando hace poco estuvo en París, formó parte de otra ilustre asamblea del mismo género, pronunció un discurso en francés relativo á antigüedades canarias, y fué agasajado por el príncipe Rolando Bonaparte, ese *amateur* de la ciencia. Perdemos una personalidad notable, mal comprendida generalmente, pero á quién se ha de hacer justicia completa. Yo, por mi parte, pierdo en el *hermano carísimo* un amigo entusiasta, siempre pronto al aplauso y al consejo. (1)

(1) Estando yo de temporada en la Grotava, recibí la noticia de la muerte del inolvidable doctor Chil, y consagra á su buena memoria este artículo. Por eso lo incluyo aquí, como incluyo, además, algunos otros en la Grotava pensados y escritos, que aunque aparentemente no concuerden, tienen íntimo enlace.



XXVII

Arboles

Cuando miro las arboledas que circuyen al hotel Taoro, no puedo ménos de recordar los pelados cerros que rodean á Las Palmas, y hacer comparaciones, no muy agradables para nosotros por cierto.

En pocos años esta zona se ha transformado completamente, gracias al plantío de árboles en gran escala. Donde antes no había sino escorias volcánicas, hoy espesas frondas alegran la vista, y embellecen el paisaje, y refrescan la atmósfera atrayendo la humedad. Cambio tan grande ha sido obra de un hombre que lleva el culto de la arboricultura hasta el fanatismo, é incansable lo practica. Su esfuerzo inteligente trocó las tierras baldías en tierras productivas y feraces donde árbo-

les y flores á porfía medran. Para ello hubo de emprender trabajos colosales, variar la faz del terreno, enmendar la plana, como si dijéramos, á la naturaleza; pero lo hizo, y lo hizo maravillosamente. No ménos de veinte mil árboles, plantados en el espacio de unos cuantos años, realizaron la transformación.

Impresiones de belleza, abundancia y alegría, sustituyeron á las impresiones de tristeza, abandono y esterilidad que suscitaba la contemplación de aquellos sitios. La vida vegetal los ha hecho risueños, los ha hecho prósperos. El arbolado los ha hecho hermosos. La labor humana los ha conquistado para el cultivo y para la cultura.

A un hombre de voluntad entusiasta é inquebrantable se debe. Ese hombre es D. Domingo Aguilar, un hijo de Las Palmas, que con su ejemplo nos invita á hacer otro tanto. ¡ El transformaría nuestra ciudad, convertiría sus secos alrededores en amenos jardines, la dotaría de buenos paseos públicos, cubriría de verdor sus *riscos* desolados!

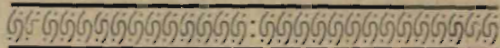
Efectuaría por sí solo lo que nuestras autoridades, nuestros administradores municipales, en tanto tiempo, ni siquiera han

concebido. Arbolando se civiliza, se hace higiene, se procura salud y se presta embellecimiento á las poblaciones. Por eso en los países verdaderamente cultos se estimula de mil modos la plantación de árboles, y aun se crean sociedades cuyo único objeto es fomentarlos, recompensar á los que los planten. En cambio, nosotros solemos ofrecer recompensa á los que los destruyen.

Con semejante proceder nos acreditamos de bárbaros y nos notamos de improvisores. Cuánto no había de ganar Las Palmas, cuánto no había de mejorar su aspecto, desde que sus alturas, hoy tristísimas por lo estériles, se cubrieran y adornaran de arboleda! En el clima mismo experimentaríamos pronto beneficiosamente los efectos de las masas vegetales, que mantienen una frescura agradable.

La prensa debe propagar estas útiles verdades, y debe cooperar con una activa y celosa propaganda á que se conviertan muy pronto en realidades para bien de nuestro país. Plantemos árboles, que plantándolos laboramos y edificamos. (1)

(1) Este artículo fue el primero de una larguísima serie que he escrito sobre el mismo asunto.



XXVIII

El certámen

Los primeros Juegos Florales de Canarias, celebrados en la Villa de la Orotava, han dejado grata memoria. Quise asistir á la fiesta, y presencié conmovido el triunfo de los campeones del gay saber. Jamás fiesta alguna de su clase tuvo por escenario un cuadro parecido.

No necesitó la Orotava vestirse de gala para la poética solemnidad. Gala es siempre su arreo, diadema fragante y con rica profusión esmaltada ciñe la perezosa sultana del Valle hasta en lo más avanzado del invierno, cuándo el Pico se viste y se recama de pedrería ofusadora. No se despierta nunca con frio, ni sabe lo que son los latigazos del viento huracanado, las mordeduras y los arañazos de la bo-

rrasca enemiga. Flora le vierte en las faldas su canastillo y Cérés su cuerno; ambas diosas la miman y la obsequian en competencia.

En los días tibios del verano, la Orotava se muestra llena de esplendor y de gracia. Desaparece el hielo de la ingente cumbre, aquel imperial tesoro, pero en el campo una expansión de vitalidad corre poderosa y se resuelve en música; música que por donde quiera levanta un acorde, una armonía. Diríase que las mismas piedras tienen voz y cantan.

A mediados de Junio, fué la fiesta de los poetas. Cuantos la presenciamos, poetas nos sentimos, bien que no supiéramos decir en tiernas endechas como Antonio Zerolo, como Tabares, ó como Figueroa, las alabanzas y loas del Valle. El doctor don Tomás Zerolo las cantó en prosa, poéticamente. La reina del torneo reinó de veras sobre el Valle y sobre nosotros. Aquella noche por contagio, floreció mi pensamiento, floreció mi pluma...

En el campo

.....

Aquí la vida discurre callada por un cauce de olvido, en la dulce contemplación de la campiña, del mar y del cielo. La naturaleza cariñosa nos oprime contra su seno como una buena madre, meciéndonos en plácido arrullo. Y nos cuesta considerable esfuerzo arrancarnos á sus halagos poderosos, romper la magia de su conquista.

Todo nos dice: ¡La paz sea con vosotros!, mientras que allá, y más allá, y en todas partes, enemiga y adusta, nos espera la guerra.

Yo amo la quietud del campo, donde me imagino que Dios se aproxima á los seres y las cosas. Lo siento en la grande-

za de la soledad, lo venero en la hermosura del paisaje, lo adoro en las aras grandiosas de las montañas sobre cuyas cimas se posan temblando las estrellas. Donde quiera, pues, lo adoro, lo venero y lo siento. Viene á mi y voy á El, lleno de confianza. Tengo resonancias interiores que corresponden á las manifestaciones de la divinidad en lo creado. Hasta el corderillo que bala con ternura, de Dios me habla, y del poder creador é infinito me convence.

Pero esta submersión en lo divino no puede prolongarse. Cuando volvemos á la lucha, cuando otra vez nos incorporamos á la caravana peregrinadora, se interponen las miserias, las maldades, el horrible fardo humano, entre nosotros y la visión augusta. Diríase que Dios se aleja de esos desiertos morales que se llaman poblaciones, donde inexorablemente se cumple la cruel sentencia antigua, base fundamental del moderno positivismo: *Homo homini lupus...*



XXX

Juegos Florales

*(Párrafos de un discurso pronunciado
en el Hotel Taoro)*

«He traído á estos Juegos Florales, los primeros que en tierra de Canarias se celebran, todo un tesoro de renovada fé; vengo á deciros como ese fé alienta en mi pecho, y como mis hermanos de Gran Canaria la comparten, y mis colegas en letras la confiesan, y mis correligionarios en religión artística la elevan á la categoría de un culto apasionadísimo; estoy entre vosotros como un cofrade de la gran secta que resucita los viejos ideales para informar con ellos la nueva vida, y cómo un iniciado entusiasta á quien se le escapa de los labios el canto supremo de verdad, de pasión y de esperanza! Vengo á buscar en el santuario una chispa del fuego sagrado para calentar mi aterido, mi desfalleciente corazón, esperando

que la chispa se convierta en incendio y que el incendio se comuniqué; voy á asomarme al porvenir donde mis ojos buscan afanosos, entre las sombras que pasan, las realidades que perdurarán... Soy vuestro, soy enteramente, en cuerpo y alma, del ideal en que se juntan como tres rayos de la eterna luz, las tres cosas inefables, sacrosantas é indefinibles, que hacen bajar el cielo á nuestros espíritus: belleza, poesía, amor!

En el simbolismo poético de esta festividad, la cual une los eslabones rotos de una preciosa cadena y nos conduce sucesivamente á lo pasado y á lo futuro, á lo pasado para que nos extasiemos con la evocación y á lo futuro para que nos hagamos fuertes con la invocación; en el simbolismo, repito, de esta festividad fastuosa, original y bella cómo ninguna, encuentro creencias que renovar, verdades que adorar. La vieja caballería sin tachay sin reproche surge otra vez coronada de espiritualidad brillante, la fantasía mariposea sobre los sepulcros donde duermen todos los poetas muertos, todos los trovadores desaparecidos, y los despierta para que vengan á juicio. Este valle se me imagina el valle de Josafat de la poesía, donde los va-

tes, los cantores redivivos, acuden á nuestras voces evocadoras é invocadoras, y juntando las suyas divinas cantan el último coro, una despedida á lo que se fué y una salutación á lo que vendrá, un himno compuesto de todas las notas, que desciende á nuestras almas cómo una música suave y pasa sobre nuestras cabezas cómo un aliento de tempestad. Todos acuden á la cita, desde Clemencia Isaura y Ausias March hasta Romanille, Aubanel y Mistral; todos están entre nosotros presidiendo este nuevo certámen de la galantería, esta resurrección del espíritu caballeresco en medio de las maravillas de una comarca incomparable, estas bodas de oro de la Naturaleza con el sol anunciando un hermoso amanecer para Canarias, dormida hasta hace poco en la pesadez y en la inconsciencia de un sueño embrutecedor.

¡Y qué espléndido el escenario donde tan faustos sucesos se desarrollan! ¡Qué vistoso, que sugestivo el marco de semejante cuadro! ¿Cual podría hallarse más digno de encerrar nuestros amores y nuestras esperanzas, más digno de contener nuestro entusiasmo, más digno de presenciar nuestro ágape fraternal, nues-

tro banquete de concordia? Una vez pasó por aquí la Primavera, y encontró estos lugares tan hermosos que al punto dijo: me quedo, y se quedó, se quedó para siempre entre vosotros. Sus pródidas galas desde entonces sirven de adorno perpétuo á este valle delicioso, edénico, asiento de los nuevos jardines de Armida que llaman á gozar las mayores dulzuras en el seno de una paz inalterable, á la sombra de árboles añosos poblados por colonias de pájaros divinamente vocingleros; alegrados por el rumor de desatadas fuentes apacibles; matizados por el verde pomposo y opulento de los plátanos, y por el oro pálido de los trigos rubios que espejean cuando el sol los acaricia; gayados y perfumados por las flores que ponen acá y allá, entre las lozanías de la verdura perenne, su esmalte multicolor; abiertos, en fin, sobre el foro grandioso del mar que les canta eternamente una canción de amores. Esta es una fiesta de la inteligencia y es también una fiesta de unión y de paz. Fundidos en un mismo culto espiritual, en un mismo culto purificador, los canarios todos ven á través de la idea artística la idea patriótica, por lo cual la ven ennoblecida, que el ar-

te todo lo ennoblece, y deponen sus viejas rencillas para abrazarse reconciliados ante la tribuna de los Juegos Florales que es un altar. Me complazco en creer que los que no han venido, con la voluntad y con el deseo nos acompañan, y en pensar que los Juegos Florales inauguran una época de buena armonía, de solidaridad y de prosperidad; una época en que Canarias, sintiendo por fin su fuerza se obligue á conservarla y á desarrollarla, á vivir la vida propia de nuestros tiempos y á poner como condición de esa vida, en el trabajo, en el trabajo bajo todas sus formas múltiples, el punto de mira. El elemento intelectual ha preparado este acercamiento, y ahora consuma la reconciliación; en las serenas regiones cerebrales nació el primer impulso para esta grande obra, obra práctica á la cual ha precedido otra obra teórica, de continua propaganda, una obra de pensamiento proseguida con tenacidad admirable. La política nos habia separado; el arte nos reúne. Los intereses materiales habian abierto entre nosotros inmensos abismos: los intereses espirituales los colman, los cierran, los suprimen, y llamándonos á la realidad, llamándonos á la ra-

zón, nos dicen: si queréis ser grandes, si queréis ser fuertes, acordáos de que sois hermanos y fundad para siempre en hechos permanentes vuestra hermandad. Hermandad fecunda, hermandad para el bien común, hermandad salvadora que reconstituirá el hogar deshecho de las siete islas hermanas, divididas hasta hace poco por malhadadas desinteligencias, hoy avenidas, salvadas mañana por un esfuerzo supremo de amor y de fé.

Este doble aspecto tiene la fiesta que celebramos: manifestación triunfante de la literatura regional, palenque libre donde nuestros escritores ganan laureles y conquistan pacíficos trofeos, será además punto de partida de progresos positivos, si acertamos á sacar consecuencias provechosas y tenemos energía y perseverancia suficientes para mantenerlas. Fiesta bella y útil, con una faz hermosa, hermosísima, de alto valor estético, con otra faz de utilidad indudable que mira á las conveniencias de orden material, al bienestar y al engrandecimiento de nuestra región una é indivisible, de nuestra región canaria sin divisiones internas, sin intestinas luchas, sin recelos ni antagonismos enojosos. consagrada al servicio de los gran-

des fines de la civilización, buena para sí misma y buena para la humanidad. La faz bella á que me refería, desde luego múestrase subyugadora. En medio de esta atmósfera serena, me alucinan y cautivan espejismos morales que son como un reflejo de la naturaleza paradisiaca en mi alma estremecida por alientos omnipotentes de vitalidad, por emanaciones irresistibles de la belleza circundante; en medio de este valle amenísimo cuyos senderos parecen conducir todos á la gloria de una bienaventuranza desconocida, á la felicidad, á la beatitud, á los placeres inmortales, creo contemplar el regreso de los idolos, la vuelta de los dioses, toda una procesión de sombras augustas reanimadas por nuestro conjuro, que vienen á dictarnos en una sola ley, de un solo precepto, el sumo principio confortador y divino: sobre la caducidad irremediable de las cosas terrenas, la eternidad del arte, y sobre la eternidad del arte únicamente la eternidad de Dios. Yo fantaseo como un enfermo delirante en presencia de tanta hermosura, dejando que la imaginación, la loca de mi casa, corra á su guisa en demanda de soñados paraísos, mientras que la razón calculadora allá se queda rezagada y perdida pi-

diéndole en vano que descienda á los abro-
jales de la ingrata realidad; pero la ima-
ginación no desciende, sino que sigue y
sigue, sube y sube. Y me ha parecido que,
en virtud del parentesco natural existente
entre la mujer y la flor, la rosa fragante, la
lozana rosa, lauro del poeta vecedor en es-
tos juegos, iba á posarse por si misma en la
cabeza de la reina electiva del torneo; y
que de aquella cabeza gentil partía una es-
piral invisible por donde nuestras ideas
imantadas, purificadas, brillantadas, ala-
das, iban á perderse en lo infinito de la
Poesía.

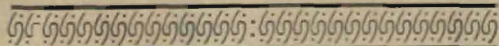
Esta fiesta nos descubre ilimita los hori-
zontes. Mirándola por su lado actual, es la
afirmación de nuestra personalidad como
pueblo intelectual, como pueblo artista,
como pueblo productor en la esfera lite-
raria, como pueblo que tiene fisonomía
propia y de un golpe la muestra: consi-
derándola en sus proyecciones sobre lo
futuro, es la promesa alentadora de bienes
fecundos y duraderos, de amistades indi-
solubles, de obras firmes y sólidas. A no-
sotros toca trabajar por que esa promesa
en realidad feliz se convierte muy pronto.
¡Hombres de inteligencia, hombres de
acción, hombres de pensamiento, hombres

de iniciativa; poetas, escritores, oradores, periodistas, los que pensáis y los que ejecutáis, los que proponéis y los que cumplís, y los que ayudáis, brava legión donde todas las armas se confunden y donde flamean mezclando sus pliegues todas las banderas, dirigid esas armas á un mismo punto, clavad esas banderas en la fortaleza encumbrada, y unidlas hasta formar una sola gigantesca, un inmenso paño de altar! Trocadlas en instrumentos de labor ruda y grosera, cuando el caso llegue, pero mirad siempre, siempre á lo alto, para no perder de vista las luces guidoras del Arte, que hacen á la realidad más clara y más bella. El camino es penoso; pero alumbrado así, centuplicados los bríos por el patriotismo, multiplicadas enormemente las fuerzas por la unión, corto parecerá, y mucho más corto cuando á su término, se abran nuevos horizontes, se enciendan nuevas luces, y sigan las armas siendo una sola arma y las banderas una sola bandera... Entonces descansaremos, haremos alto para reposarnos un poco de las fatigas de la travesía, y luego continuaremos andando y laborando, soñando y construyendo, llevando delante la visión consoladora de una grande patria futura.

Desde estas eminencias fantásticas donde nos mecen sueños poéticos que son como rosadas nubes, no perdamos de vista el terreno práctico. El arte tiene de bueno, ya lo he dicho, que esclarece las cosas reales, que enseñan á percibir las mejor, pues las hermo sea sin desfigurarlas y les presta relieve sin quitarles volúmen. La literatura, después de unirnos en su campo neutral, nos señala objetivos desinteresados, que sólo han de conseguirse mediante una labor patriótica. La revelación artística se completará con la realización material de las vastas empresas que harán á nuestra región próspera, rica y fuerte, que la ennoblecen y engrandecerán. Emprendida la marcha, debemos proseguirla cómo un ejército conquistador que estrecha sus filas y se siente invencible al sentirse unido, compacto y disciplinado; compañeros de faena, debemos ir hasta el fin formando un solo cuerpo. Y si hay obstáculos, nuestro empuje los vencerá, y si hay botín, como tiene que haberlo, nos lo repartiremos como hermanos.

Medid el espacio recorrido por la cultura canaria en los últimos veinte años. Bien puede decirse que hemos realizado una evolución completa, que hemos pasa-

do de nuestra edad de piedra á nuestra edad de oro, que hemos salido de la clase de innominados para tener un nombre y un apellido honrosos. Desde aquí, desde este punto que es el término de una jornada histórica, podemos abarcar tan grande distancia. Considerándola en altura, el Teide la simboliza; considerándola en extensión, la simboliza el valle de Orotava desplegando al sol sus soberbios tapices bordados, tendiendo hácia el mar sus llanuras feraces, elevando de todos sus ámbitos, en mil rumores, un canto omnipotente de vida y trabajo. Yo me asomo al porvenir por la abertura inmensa de este valle, y lo saludo lleno de confianza. No nos extraviemos en los caminos entrelazados de este paraíso; sólo hay entre ellos uno que pueda conducirnos á la fortuna, á la grandeza, á la dicha; camino resto, camino seguro, camino abierto sobre la inmensidad de la esperanza. Sabemos donde empieza, pero ignoramos donde acaba, porque se pierde en lo indefinido. Hemos entrado en él; prosigamos recorriéndolo como vigorosos alentados viajeros, y brindemos porque una constante buena suerte nos acompañe».



El puente destruido

Habíamos fabricado un puente de comunicación espiritual entre nuestras dos islas. Con esfuerzos del pensamiento, con empujones de la voluntad, con arrebatos del cariño, lo hicimos en afanada tarea de muchos años. Para hacerlo, rechazamos con el pié los obstáculos amontonados por el mal querente egoísmo, por la preocupación ciega y el interés político descastado. Mientras trabajábamos, nos alumbraban los ideales y sentíamos retirarse á nuestras espaldas, en derrota y en tumulto, las pasiones que nos habían hecho olvidar nuestra condición de hermanos.

Se terminó la obra, la contemplamos orgullosos, y vimos que era buena. No pensamos en que pudiera ser derruida por el mismo enemigo que acabábamos de vencer.

Y ved aquí que el enemigo vuelve, y

la derrumba de un soplo. Así levantaba y demolia puentes el diablo en las añejas leyendas.

¿Quién es nuestro diablo?

Yo lo conjuro con este libro.

*
* *

Una vez más se ha evidenciado la oposición entre la política y la literatura. Los políticos han deshecho la obra de los hombres de buena voluntad. En un minuto, nuestro trabajo de tantos años ha venido á tierra.

Sólo me incumbe lamentarlo con profunda amargura, cómo una derrota en que me corresponde parte y de la cual he resultado herido. Olvidemos motivos más altos, completamente impersonales: hasta por egoísmo, por ese móvil que suele inspirar los actos de la política, aquí y en donde quiera; hasta por egoísmo, debemos procurar que los canarios viván siempre unidos. Es necesario que vivan y permanezcan en paz y concordia, para que el progreso y el bienestar comunes no se interrumpán.

Cultívese la emulación digna y leal entre las islas rivales; pero no se olvide que, á despecho de todos los accidentes, formamos un hogar y una familia.